90
9969

ROBERTO BRACCO

SE ACABÓ EL AMOR

COMEDIA SATÍRICA EN CUATRO ACTOS

.·. Traducción de
Carlos Costa .·.

Imprenta Baxarías - Mediana de San Pedro, 57
Barcelona 1913

SE ACABÓ EL AMOR

ROBERTO BRACCO

SE ACABÓ EL AMOR

COMEDIA SATÍRICA EN CUATRO ACTOS

Traducción de
Carlos Oosta.·.

Estrenada en el Teatro Eldorado de Barcelona el dia 7 de Enero de 1907 por la compañía de don Juan Balaguer.

Imprenta BAXARÍAS
Med. de San Pedro, 57
BARCELONA : : : : : : 1913

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Ana, Marquesa de Fuenteclara. (22 años) . .	STA. CONCHA CATALÁ
Arturo, Marqués de Fuenteclara. (35 años) . .	SR. JUAN BALAGUÉR
El Doctor Francisco Salgado. (39 años) . .	» NAVAS
Julián del Alma (50 años) .	» TORNER
El Conde Lilaina (24 años)	» MANRIQUE
Renato Honduras (35 años)	» M BALAGUER
Gustavo Sensorio (40 años)	» ZORRILLA
Antonio, viejo criado . .	» VALLE
Felipe, jardinero	» ALEMÁN

Epoca actual

609293

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/seacabelamorcome1279brac

ACTO PRIMERO

La acción se desarrolla en el salón del *chalet* en que habita la marquesa de Fuenteclara, en el campo. Estará amueblado con elegancia caprichosa y con detalles campestres. No habrá en escena ningún diván, abundando, en cambio, las sillas y butacas de diversas formas formas y dimensiones. Taburetes coquetones, cuadros, estatuítas, variedad de muebles, mesillas con *bibelots*, flores, libros y diarios forman el conjunto que decora el salón. Este es de forma octogonal, y como es natural, el espectador verá cinco paredes. Puerta en la pared de la derecha; otra puerta en la pared de la izquierda; otra en la pared central. La puerta mayor, que comunica con el recibimiento, está en una pared colateral a la del centro. En la pared de enfrente a esta puerta se abrirá un amplio ventanal, por donde se verán los árboles, flores del jardín y las tonalidades tenues y vaporosas del cielo.

ESCENA PRIMERA

El DOCTOR SALGADO, *el* CONDE LILAINA, JULIÁN DE ALMA, RENATO HONDURAS, GUSTAVO SENSORIO. *Después* ANTONIO.

(*Todos están asentados. Alma lee un libro, extasiado. Renato Honduras, en un libro de memorias, escribe con lápiz algunas notas. Sensorio está algo separado.*)

Salgado. (*a Honduras.*) ¡Me convenzo de que nuestro dramaturgo no pierde el tiempo!

Honduras. Se hace lo que se puede.

Salgado. ¿Siempre escribiendo?

Honduras. Anoto algunas observaciones. Los artistas psicólogos somos como aparatos sismográficos de la humanidad. (*El conde Lilaina se levanta, se acerca a un espejo, y empieza a dar tortura a su corbata.*) Nosotros lo observamos todo; lo apreciamos todo. En el movimiento más insignificante, a veces se nos revela un hombre.

Salgado. Pues manos a la obra...

Honduras. ¿Qué ocurre?

Salgado. Que el conde Lilaina está delante

de un espejo, ¡Vaya usted a saber lo que puede revelarnos semejante situación!

(*Honduras continúa escribiendo desdeñosamente.*)

Lilaina. Nada, que esta corbata no juega bien con el cuello.

Salgado. ¡Qué desgracia!

Lilaina. Muy grande, si señor, porque la corbata es de lo mas *chic* que ha salido de Paris.

Alma. (*Con entusiasmo, ensimismado en su lectura.*) ¡Qué hermosa!

Lilaina. (*Mirándose en el espejo.*) Hermosísima; pero ha de combinarse con otro cuello.

Alma. (*A Lilaina*) ¡Qué cuello ni qué niño muerto! Me refería a esta página, que es estupenda. Oiga usted, doctor Salgado.

Salgado. Soy todo oídos.

Alma. (*Lee rítmicamente*) «La caducidad de la materia implica la imperfección del amor carnal. Lo que está constituído por una combinación química y que está destinado a disolverse, no puede ser la sede suprema del amor. (*Con énfasis.*) Dos existencias que no saben amarse son dos líneas divergentes; pero cuando la mujer...»

Antonio. (*Entrando por la puerta de la izquierda.*) La señora marquesa saldrá al momento. (*Atraviesa la escena y sale por la puerta común.*)

Alma. *(Leyendo.)* «... y el hombre se *quieren bien*, sus existencias son como dos líneas paralelas que sólo se encuentran en el infinito. He aquí el amor espiritual y eterno: la perfección».

Honduras. Algo parecido he puesto en boca del protagonista de mi drama psicológico *La victoria*.

Liliana. *(Algo distraído.)* Yo he tenido un yacht que se llamaba así. Con viento fresco recorría 16 nudos por hora.

Honduras. *(Levantando las espaldas.)* ¡Oh! *(Continúa escribiendo.)*

Salgado. *(A Liliana.)* En cambio me parece que no hay viento favorable para que pueda usted hacer con la marquesa un buen recorrido.

Alma. ¿Y usted, doctor, no gusta de este procedimiento amoroso?

Salgado. No señor. Pero lo aconsejo a los demás: «Solución de amor espiritual.» Es una de mis recetas experimentales.

Sensorio. *(Perezosamente.)* ¿Para qué dolencias?

Salgado. Para la de usted, por ejemplo.

Sensorio. Pero si yo estoy bien de salud...

(Lentamente se levanta del sillón para sentarse más bajo y más cómodo; su espina dorsal está algo curvada y nótese debilidad en sus piernas, especialmente en las articulaciones.)

Salgado. ¡Ya se ve!

Sensorio. ¿Qué es lo que se ve?

Salgado. Una columna vertebral y un par de piernas que parecen de jalea de guayaba.

Sensorio. No se puede juzgar por las apariencias. Hay que ver las cosas sobre el terreno.

Salgado. No me interesa.

Sensorio. ¿Por envidia?

Salgado. ¡Quizá!

Sensorio. Despues de todo, la marquesa te ha proclamado abstencionista.

Salgado. Mejor.

Lilaina. No hay que fiarse mucho, amigo Sensorio. El doctor viene a ser como un buen eaballo de carreras montado por el más astuto de los *jockeys*. En las primeras vueltas deja que adelanten los demás, distanciandose prudentemente, pero en la última suelta la brida y gana el terreno perdido. Usted da por él diez por uno, y yo, como buen *book-maker*, lo doy a la par.

Salgado. Puede usted evitarse semejante molestia, porque yo no corro. Pero puedo asegurarle, joven, que en las pistas femeniles la señal de llegada cambia de sitito según las condiciones fisiológicas de la mujer. No se trata de correr, sino de esperar. En la vida de la mujer, siempre hay un cuarto de hora en el cual basta con alargar la mano

para cogerla... del mismo modo que se coge un fruto maduro.

Lilaina. Permita que le diga, doctor, que eso me parece poco elegante, poco *comme il faut*

Salgado. Será lo que usted quiera, pero es lo cierto.

Alma. Yo sostengo que es un absurdo.

Honduras. *Con pedantería.*) En absoluto no es ni absurdo ni verdadero. Son fenómenos en los que he profundizado. Es indudable que llega el cuarto de hora de la vulnerabilidad, pero esta se determina por una influencia, por un fluido, por una fuerza fascinadora...

Sensorio. (*Se levanta lentamente* y *se arrellana en otro sillón más cómodo. estirando las piernas sobre un taburete y respirando*) ¡Ah!

Honduras. (*Continúa*) Y esa fuerza, señores, puede ser la belleza, puede ser la bondad, puede ser la astucia, puede ser... no soy el indicado para decirlo... pero puede ser, y es muchas veces, el arte...

Sensorio. ¡Por los clavos de Cristo! ¡Menos teorías y más hechos!

Salgado. ¡Y pensar que los hechos son los que le han inutilizado!

Sensorio. ¡Aun no!

ESCENA II

ANA, SALGADO, LILAINA, ALMA, HONDURAS, SENSORIO

Ana. *(Asomando la cabeza por la puerta de la izquierda y escondiendo el resto del cuerpo entre los cortinajes, exclama.):* ¡Conde!

Lilaina. (*Levantándose precipitadamente.*) A sus órdenes, marquesa. (*Todos se levantan y hacen una reverencia.)*

Ana. ¿Qué color me aconsejaría usted para un vestido de amazona?

Lilaina. (*Procurando verla.*) Me gustaría acertar...

Ana. Hay que ser independiente.

Lilaina. Pues bien... yo prefiero el gris.

Ana. ¿Y ustedes?

Honduras. Yo siento predilección por el azul. Una de mis protagonistas delira por este color.

Alma. ¡Yo prefiero el color walkyria, marquesa!

Ana. ¿Y usted, doctor?

Salgado. Ninguno: odio a las mujeres a caballo.

Ana. ¡Oso!

Salgado. (*Pacientemente.)* ¡Bneno!

Ana. ¡Uno!... ¡Dos!... ¡Y tres! (*Pega un salto, entra en la sala y después se para. Riendo.*) ¡Aquí me tienen ustedes! (*Viste traje gris de amazona y lleva en la mano los guantes, la fusta y un sombrerillo.*) Conde no ha sido usted quien ha acertado mi color sino yo que he acertado el suyo.

Liliana. (*Analizando seriamente el vestido Ana.*) Muy *chic*, y sobre todo muy inglés.

Ana. (*Alargando el brazo.*) Empieza el besamanos. (*Todos se ponen en fila esperando turno. Ana, firme, y con el brazo extendido recibe el homenaje del beso en la mano que todos le depositan ordenadamente. Liliana le toma la mano i se la besa, afectando en la mirada estar embargada su mente por pensamientos importantes. Alma le toma la mano tímidamente con la punta de los dedos i léntamente la acerca a su boca.*) Ánimo, amigo Julián.

Alma. Me falta cuando temo profanar lo que toco.

Sensorio. (*Que estaba detrás de Julián esperando turno.*) Pues a mi me sobra valor cuando puedo tocar lo que profano. (*Le besa la mano con avidez y con intención de continuar.*

Ana. (*retirando la mano.*) Conviene no dormirse en la suerte.

Salgado. (*Resueltamente.*) Yo renuncio al honor...

Ana. (*Con ligero despecho.*) ¡Ah! Ya sé que es usted abstencioniata.

Sensorio. (*A Salgado.*) ¿No se lo dije a usted?

Liliana. La *toilette* de la Marquesa indica el programa del día.

Ana. ¿Acaso no habíamos proyectado hacer una excursión a caballo hasta el lago y almorzar después en «La campanilla de oro?

Liliana. Nada de eso, Narquesa.

Ana. ¡Qué cabeza la mía!... !Es un horror! (*Ríe.*) ¡Ah, ah, ah! Lo habré soñado... ¡Desde que estoy instalada en el campo no hago más que soñar!

Alma. (*Con dulzura poetica.*) ¡Como yo!

Sensorio. (*Con lascivia.*) ¡Como yo!

Ana. ¿Saben ustedes lo que soñé anoche? ¡Frioleral Soñé, nada menos que había dado con él.

Sensorio. ¿Con quién?

Ana. ¡No puedo precisarlo, pero era él! ¡Era él! ¡el que busco hace más de dos años y que quizá no encontraré nunca. (*Risonta-da.*)

Houduras. (*Afectando competencia.*) De mis observaciones, querida marquesa, saco como consecuencia que las mujeres del temperamiento de usted sienten la libertad con avidez, pero no pueden vivir sin la tiranía. Huyen del marido, como usted, pero buscan en seguida otro tirano.

Ana. *(Seria.)* ¡Mi marido ni siquiera ha sido un tirano!

Lilaina. No hubiera sido cosa de buen gusto. Usted, marquesa, *ça va sanç dire*, tiene derecho a elegir un esclavo ..

Sensorio. Un amante.

Salgado. Un «reactivo».

Alma. Un alma paralela.

Ana. Un alma paralela no me disgustaría; pero todas esas distinciones son de orden secundario. Yo busco, asómbrense ustedes, yo busco una de las cosas más raras del mundo... Yo busco... ¡¡¡un hombre!!!

Todos. ¿Qué?

(*Sensorio se retira un poco y se sienta con desenvoltura en el brazo de un sillón.*)

Ana. ¿A ustedes les parece cosa fácil? Pues se engañan. Para los hombres, es natural, todos los hombres son hombres. Pero no es lo mismo para las mujeres *(ríe con moderación.)* Cada una de nosotras sólo admite un hombre: el que sabe conquistarla. Ahora bien, queridos amigos; no pueden ustedes negar que actualmente se ha difundido tanto la galantería, que ha perdido mucho como elemento de tentación. ¿Recuerden ustedes la serie de jóvenes que invadían mis salones? Pues bien; yo les pregunto a ustedes: ¿cuál de ellos podía ser para mí un verdadero conquistador? Algunos me ha-

cían la corte... para hacerla a mis enemigas y otros para hacerla a mis amigas, resultando de todo ello algo parecido a aquel juego que usted tan bien conoce, conde.

Lilaina. ¿El *bezigue*?

Ana. ¡Nada de eso! Un juego de billar...

Lilaina. ¡Ah!... las carambolas.

Ana. ¡Ese! Las carambolas! Y los que me cortejaban únicamente a mí lo hacían indolentamente y demostrando un cansancio superior el de Sensorio... *(Sensorio se pone de pie, como movido por un resorte.)* Tanto era así, que no me hubiese atrevido a escoger uno entre ellos sin sentir el deber de decirle antes: «Perdone usted si le molesto» *(Ríe.)* ¡Ah, ah, ah! En esta casa tienen ustedes que sufrir marquesa de Fuenteclara a todo pasto. Las carambolas pueden jugarlas en mi billar, pero no en mi salón, y de esta sueste *(bromeando.)* no puedo dudar de sus intenciones, porque... hablando en plata... si se han reunido ustedes en este lugar solitario ha sido para correr detrás de mí.

Todos menos Salgado. ¡Sin duda! ¡Es evidente!

Salgado. Perdone usted, marquesa: yo no la he seguido, la he hallado.

Ana. Pero se ha quedado usted después del hallazgo.

Salgado. Es cierto.

Ana. Se ha quedado usted por mí.

Salgado. En calidad de médico.

Ana. Pero si no estoy enferma.

Salgado. La vida de una mujer sin marido constituye una enfermedad.

Ana. Que usted no sabe curar.

Salgado. Lo intento.

Ana. (*Con viveza.*) Pero sin resultado.

Lilaina. (*Señalando el pecho con la mano a la manera de los maestros de esgrima.*) «Tocado», doctor.

Salgado. (*Condescendiente.*) «Tocado.»

Ana. (*Solemnemente, jugando y subiendo sobre un taburete.*) Se pone a votación el programa de la excursión ecuestre.

Lilaina. ¡Aceptado por unanimidad!

Honduras, **Alma**, **Sensorio**. (*Juntos.*) ¡Por unanimidad!

Salgado. ¡Menos uno!

Ana. Peor para ese uno.

Salgado. (*Mirando las piernas de Sensorio.*) ¡Como! ¿También quiere usted formar entre los jinetes?

Sensorio. ¿Y por qué no?

Salgado. ¡Es usted hombre rico en ilusiones!

Ana. Conde, ¿me cede usted su *Black boy*?

Lilaina. Preferiría ofrecerle mi yegua. *Black boy* es muy duro de boca y he de prepa-

rarlo antes de entregarlo a nadie. Si usted me lo permite, iré en persona a ensillar *Lady Florence.*

Ana. ¿Y para los demás?

Lilaina. Alquilaremos los caballos de Saturno.

Honduras. Pero hay que andar más de un kilómetro para dar con ellos.

Ana. Vaya usted, Sensorio.

Sensorio. Con mucho gusto.

Ana. Pero pronto, ¿eh?

Sensorio. Volando, Marquesa. (*Se aleja, esforzándose en vano para acelerar el paso,*)

Ana. No lleva velocidad de expreso, pero ¡qué demonio!, hay que tener paciencia. Honduras, debiera usted acompañarle.

Honduras. Con mucho gusto, marquesa. (*Sale.*)

Lilaina. Y yo salgo corriendo para la cuadra.

Ana. Muy bien .. Gracias. (*Sale Lilaina*)

Salgado. Y yo, ya que he de quedarme solo, voy a que me preparen algo para comer.

Ana. Creo inútil decirle, querido doctor, que durante mi ausencia queda usted como dueño de esta casa. Aquí encontrará libros, ilustraciones, sillones cómodos y otras cosas que por cierto se echan de me os en su albergue, exageradamente campestre.

Salgado. Muchas gracias, marquesa.

ESCENA III

ANA y ALMA

(*Alma está bastante alejado de la marquesa y conserva su habitual aire de soñador.*)

Ana. (*Se sienta, y después de una pausa.*) ¿En qué piensa usted?

Alma. Deploro lo que ocurre.

Ana. ¿Y usted cree que aquí ocurre algo?

Alma. (*Seráficamente.*) ¿Acaso no es usted la mariposa alrededor de la cual juegan algunos chiquillos más o menos fastidiosos?

Ana. (*Imitándole.*) ¿Y no es usted por ventura uno de esos chiquillos?

Alma. ¡De ningún modo! Yo la admiro, pero nunca se atreverán mis manos pecadoras a asir las alas que agita usted virtiginosamente con gentil inconsciencia.

Ana. ¿Nunca?

Alma. ¡Nunca! (*Se sienta.*)

Ana. (*Riendo.*) Convengamos en que eso es cuestión de procedimiento.

Alma. ¿De modo que me cree usted picado, como los demás, de vulgar cálculo varonil?

Ana. No sé si es vulgar, pero varonil creo que sí.

Alma. (*Con acento dramático.*) ¡Está usted en un error! No puedo negar que también he

vivido dentro una admósfera de corrupción; pero desde que la conocí, y al ver amenazada por la corriente maléfica una criatura de selección como usted, he sentido náuseas de mí mismo, concibiendo la idea de salvarme por medio de un afecto inextinguible que me levante del fango y corrija mis malos instintos.

Ana. (*Abriendo los ojos con extrañeza.*) ¡Ah!...

Alma. Desde aquel instante, Ana, he vivido el éxtasis purísimo de las almas que se encuentran en el infinito, deseando únicamente el goce de un amor perfecto, casto, inmaterial.

Ana. (*Le mira con sorpresa, atónica, pero disimulando, dentro de la admiración, una extraña duda.*) ¿Y soy yo la *única mujer* que le ha inspirado semejante amor?

Alma. ¡La única!

Ana. (*Con orgullo mezclado de humorismo.*) ¡Es una gran satisfacción para mí! (*Pausa. Después levantáudose con burlesca volubilidad.*) ¿Y si hubiese sido su esposa?

Alma. (*Con embarazo.*) No se me ha ocurrido semejante idea.

Ana. ¡Ya! Me olvidaba de que, según mis teorías, no existen esposas, y mucho menos maridos (*suspirando.*) En cambio, yo estoy casada en exceso. (*riendo.*) ¿No cree usted que las mujeres separadas de sus ma-

ridos han de sentirse más casadas que las otras?

Alma. (*Confundido.*) Es imposible que yo pueda saber estas cosas.

Ana. Tiene usted razón. Pues bien; el motivo no puede ser más sencillo. Un marido, aunque sea abominable, cuando está lejos vale más que cuando está cerca. Hace dos años que vivo separado de mi marido, y por el motivo indicado me siento mucho más casada.

Alma. (*Con reticencia.*) ¿Le ama usted?

Ana. (*Imitando la entonación de Alma.*) ¡Le amé! (*Silencio. Después ríe moderadamente.*) ¡Ah, ah! (*Mudando de tono y sentándose.*) Quisiera que me hiciese algunas aclaraciones.

Alma. ¿Sobre qué?

Ana. Sobre... «la corrección de los instintos».

Alma. Con mucho gusto. (*Pausa.*) ¿Ha leído usted las obras de la primera época de Tolstoi?

Ana. No. ¿Y qué dice Tolstoi en su primera época?

Alma. Va usted a oirlo. (*Saca del bolsillo algunos libros.*)

Ana. ¿Carga usted siempre con ellos?

Alma. ¡Siempre! ¡Son mis amigos predilectos! (*Escoge uno de los libros, lo abre y se lo entrega a Ana, señalándole una página.*)

Lea usted esto. (*Suavemente.*) ¡Es modernísimo!

Ana. (*Después de leer un poco.*) ¡Vaya, vaya! ¿De modo que para amarme de un modo tan sublime ha tenido usted necesidad de volverse vegetariano?

Alma. Le ruego que no se fije en este detalle insignificante.

Ana. ¿Y con semejante higiene está usted seguro de continuar su éxtasis purísimo?

Alma. (*Sonriendo con tristeza*) He comprendido. Duda usted de mi sinceridad. Pues yo le demostraré que puedo triunfar sobre el materialismo común. (*Con energía.*) Ana, le aseguro que no volveré a estar solo con usted.

Ana. (*Con estupefacción.*) ¿Me lo promete usted?

Alma. (*Con gravedad.*) Se lo prometo.

Ana. (*Con entonación cómica.*) ¡Es usted inmenso!

Alma. ¡Gracias!

Ana. ¡No hay de qué!

Alma. (*Levantandose después de un silencio.*) Creo que ya nos lo hemos dicho todo.

Ana. ¡Ya lo creo! ¿Qué más podríamos añadir?

Alma. Hasta la vista...

Ana. Hasta la vista...

Alma. Pero... (*Hace un gesto complicado y solemne, recordando la resolución de no hablarle a solas.*)

Ana. (*Imitando exageradamente el gesto de Alma.*) ¡Oh!... es cosa resuelta.

(*Alma se aleja absorto. Cerca de la puerta se encuentra con Salgado, produciéndole fastidio, que le incita a acelerar el paso.*)

ESCENA IV

ANA y SALGADO

Salgado. Si estoy de más...

Ana. Nada de eso; ¿no ve usted que se va?

Salgado. (*Desde la puerta.*) Es que yo sostengo que se está de más cuando no hay otro.

Ana. Cuando no hay otro debiera usted procurar no ser... tan pesado. Adelante, adelante. (*Poniéndose con cuidado el sombrerillo.*) Espero con ansia esos caballos y caballeros. Pronto estará usted solo. Mientras tanto no se violente por mí; siéntese cómodamente, lea el diario y cuide bien la digestión.

Salgado. Obedezco. (*Se sienta en un sillón inmediato a la mesa y coge un diario.*)

Ana. Poco ha durado su almuerzo. (*Después*

de haberse puesto el sombrero. empezará a calzarse los guantes.)

Salgado. Tan poco como su coloquio con Julián.

Ana. Precisamente.

Salgado. (*No levantando los ojos del diario.*) Un bisteck y un poco de fruta: he aquí mi almuerzo.

Ana. Un poco de fruta... sin bisteck: he aquí mi coloquio con Julián.

Salgado. Es un joven espiritualista y vegetariano.

Ana. (*Con sinceridad*) La última novedad.

Salgado. ¿Quién lo niega? Es un modernista... y nada exigente.

Ana. Justo.

Salgado. Le compadezco y la compadezco.

Ana ¿Cree usted que ser prudente ha de ser muy penoso para una mujer?

Salgado. Creo únicamente que ha de ser menos penoso no serlo,

Ana. (*Pausa.*) Doctor...

Salgado. (*Leyendo.*) ¿Marquesa?

Ana. ¿Le molesto?

Salgado. Ni soñarlo.

Ana. (*Acercándose con amigable familiaridad*) En confianza... ¿quién cree usted que podría hacerme traspasar los límites de la prudencia?

Salgado. Cualquiera...

Ana. ¡Oh!

Salgado. Déjeme terminar. Cualquiera que supiese *llamar* en el momento propicio.

Ana. *(Separándose irritada.)* Ya llegaron las insolencias de costumbre.

Salgado. *Pulsate et aperietur vobis,* dijo un discreto.

Ana. No entiendo de latines.

Salgado. Pues aquí estoy yo para traducírselo: «Llamad y os abrirán.» La condición del momento propicio no está en el texto, pero se lee perfectamente entre líneas. *(Levantándose.)* Y yo me propongo demostrar...

Ana. *(Interrumpiéndole exasperada.)* ¡Basta, basta! No me irrite usted más. Parece mentira que con sus cuarenta años me juzgue tan superficialmente. No niego que en las condiciones en que me hallo es probable que, tarde o temprano, tome una decisión; pero de esto a lo que usted dice, media casi un abismo.

Salgado. En resumen, vengo a decir lo mismo, porque todas las mujeres, cuando están a punto de caer, creen de buena fe que se hallan en las *condiciones especiales* que hacen inevitable la caída. En esto yo no hago más que aplicar a usted una ley natural, común a toda la femenilidad militante:

«Son verdaderamente prudentes únicamente aquellas mujeres a quienes nada se pide.»

Ana. (*Soltándose.*) Pero debe usted tener en cuenta que pueden también ser prudentes, a pesar de ello, las mujeres a quienes se pide demasiado.

Salgado. Es natural que hay que dar con la medida justa en la demanda.

Ana. Pero también es natural encontrarse muchas veces con la medida justa de la negativa. (*Con rabia.*) ¡Es usted un impertinente! ¡Un monstruo insoportable! (*Se sienta, apuntando las lágrimas en sus ojos*)

Salgado. (*Sonriendo.*) Le ruego que se calme, tanto más (*mirando a la ventana*) que está por llegar el conde... con un vestido de circunstancias.

Ana. Necesito arañar a alguien.

Salgado. Pues tendrá que pasarse el capricho conmigo, porque con el conde no hay que contar: es un figurín de los de mírame y no me toques.

ESCENA V

LILAINA, ANA *y* SALGADO

Lilaina. *(Vestido de* sportman, *entra elegante y brioso)* Marquesa, las cabalcaduras están ya preparadas.

Ana. *(Coquetamente)* Por fin... Creí que se había usted perdido. ¿De qué se ha ocupado hasta ahora? ¿De su *toilette*? Espero que no intentará probarme que hacer esperar a una señora es cosa *chic*.

Lilaina. *(Confundido.)* Marquesa...

Ana. Deme el brazo al instante. *(Sin fijarse en Lilaina y sin tomarle el brazo se vuelve hacia el doctor para decirle secamente):* ¿Es cosa decidida que no viene usted?

Salgado. Lo siento mucho, pero es cosa decidida.

Ana. ¿Y no puede saberse el motivo?

Salgado. Es un motivo... pedestre: no sé montar a caballo.

Ana. Así aprenderá usted.

Salgado. Es demasiado tarde.

Ana. O se caerá.

Salgado. No entra en mis cálculos.

Ana. *(Al conde.)* Conde, venga ese brazo.

Lilaina. A su disposición, marquesa.

Ana. (*Le coge el brazo con violencia y casi llevándoselo.*) ¡Hasta ustüd se vuelve descortés!

Lilaina. ¿Yo?

Ana. ¿Lo va usted a negar?

Lilaina. No...

Ana. ¿Va usted a desmentirme a mí? ¿A mí?

Lilaina. Pero si he dicho que no... (*Salen.*)

ESCENA VI

SALGADO *solo. Después* ANA, LILAINA, HONDURAS, ALMA *y* SENSORIO

Salgado. (*Sigue con la mirada y sonriendo a Ana y Lilaina, se sienta de nuevo cerca la mesita y balbucea*): ¡Al acecho, doctor, al acecho!

(*Vocerío fuera, oyéndose confusamente las voces de Honduras, Sensorio, Alma, Lilaina y los lamentos de Ana. Desde fuera.*)

Lilaina. ¡Parece increible!

Alma. ¡Así no, por Dios!

Sensorio. ¡No se precipiten!

Honduras. Usted no puede, Sensorio... Déjela usted para nosotros.

Ana. (*Dolorosamente.*) ¡Ay, ay, ay, ay!

Salgado. ¿Qué ocurrirá? ¡Eso son lamentos de la marquesa! (*Sale corriendo hacia la*

puerta de entrada y se para, llevándose las manos a la cabeza.) ¡Demonio! (*Entran Sensorio, Honduras, Lilaina y Alma conduciendo a Ana, que tiene losojos casi cerrados, agita los brazos y aprieta la fusta con una de las manos.*) Aquí, aquí en esta butaca...

Sensorio. (*Cayendo con el mayor peso.*) Yo ya no puedo con mi alma...

Liliana. ¡Es cosa increible! (*Dejan a Ana en un sillón.*)

Sensorio. (*Llevándose una mano a la espalda y dejándose caer en un slilón.*) ¡Estoy muerto!

Alma. Traigan agua... Se desmaya...

Honduras. Mejor será un poco de vinagre.

Lilaina. (*Sacando del bolsillo una botellita.*) Es una bótella de *smelling salts,* que produce excelentes efectos.

Ana. (*Lamentándose.*) ¡Ay, ay, ay! No, no quiero nada.

Salgado. ¿Podré saber lo que ha ocurrido?

Honduras. Parece que *Lady Florence* le ha soltado una coz digna de un mulo.

Salgado. ¡Es horrible!

Lilalna. Y muy extraño.

Ana. (*Levantando el pié.*) ¡Ay, ay, ay!

Salgado. ¡Marquesa... marques!... ¿dónde le duele?

Ana (*Lamentándose.*) Abajo... abajo,

Salgado. ¿En el pié?

Ana. (*Con voz débil.*) En el pié precisamente no.

Salgado. (*Desconcertado.*) ¿No es precisamente en el pié?

Los demás. (*Desconcertados.*) ¿No es precisamente en el pié?

Ana. ¡Ay, ay, ay, qué espasmo!

Salgado. Está sufriendo, y yo no tengo más remedio que cumplir con mi obligación.

Ana. Doctor, ruégueles usted que se vayan a otra habitación.

Salgado. ¿Lo han oído ustedes? Cada minuto que pasa agrava su estado. Les ruego que se vayan; se lo mando. No deben preocuparse, porque los médicos no tenemos ojos cuando se trata del ejercicio de nuestra profesión.

(*Murmurando y de mala gana se dirigen a la habitación del foro*)

ESCENA VII

SALGADO *y* ANA

(*Salgado, vivamente preocupado, cierra la puerta y vuelve hacia Ana apresuradamente. Ana pega un salto y queda graciosamente de pié*)

Salgado. (*Asombrado.*) ¡Eh!

Ana. ¡Silencio!... (*Hablan en voz baja.*)

Salgado. ¿Y el espasmo?

Ana. ¡Nada de espasmo! He querido suspender la excursión sin dar a entender que era capricho mío.

Salgado. ¿Y la coz de *Lady Florence.*

Ana. Es invención mía.

Salgado. ¡Pero si se trataba de una excursión propuesta por usted! ¡Y tanto como se hubiera divertido!...

Ana. Pues bien; me aburría la idea de divertirme. Y todo por culpa de usted, porque posee la habilidad de excitar mis nervios.

Salgado. (*Disimulando la satisfacción.*) Lo siento mucho, y crea usted que si pudiese remediarlo...

Ana. Hable bajo y ayúdeme, al menos, a dar crédito a la mentira.

Salgado. Me parece bien; pero sospecho que aquéllos, picados por la curiosidad, estarán husmeando por el ojo de la cerradura.

Ana. Vaya a verlo.

Salgado. (*De puntillas va hacia la puerta del fondo exclamando en alta voz.*) ¡Oh, pobre marquesa! ¡pobre marquesa!

(*Mira por el ojo de la cerradura.*)

Ana. (*Lamentándose.*) ¡Ay, ay, ay!

Salgado. Se fué el enemigo: pero no estará de más tomar precauciones. (*Corre el* portier, *tapando el ojo de la cerradura.*)

Ana. No, no; ¿qué hace usted?

Salgado. ¡Los agujeros... son los enemigos de la ciencia! (*Juntándose a Ana.*) Ahora puede usted tener la seguridad de que el secreto profesional no saldrá de este salón.

Ana. ¿Cuánto tiempo necesitaría para cumplir su deber si realmente hubiese recibido la coz?

Salgado. Dos o tres horas.

Ana. ¡Qué exageración!

Salgado. Pongámosle hora y media.

Ana. ¡Está usted loco! Hay que despachar pronto.

Salgado. No puedo mostrar tanta ligereza en el ejercicio de mis funciones.

Ana. Le doy diez minutos. Con ellos ha de bastarle a un médico de la valía de usted.

Salgado. (*Resignadamente y con intención.*) Creo que bastarán.

Ana. (*Ingenuamente.*) ¿Y en qué vamos a emplear esos diez minutos?

Salgado. (*Mira alrededor instintivamente y después se le acerca, atormentándose nerviosamente el bigote.*) ¿En qué vamos a emplearlos? ¿No le parece que ha llegado el momento de empezar la tentativa de aquella famosa cura de que usted, hasta ahora, no me ha creído capaz?

Ana. (*Consternada y severa, retirándose un doco.*) ¡Vaya una ocurrencia!

Salgado. (*Con voz extrañamente conmovida.*) ¡No hay para turbarse de ese modo, marquesa!... ¿Qué teme usted? (*Se le acerca más, mirandola de un modo insinuante.*) ¿Que teme usted?

Ana. Yo no temo nada... pero deseo llamar a sus amigos.

Salgado. Usted no hara semejante cosa... Sería una grave imprudencia que denunciaría su ficción, y esta ficción sería para mí una *réclame* con la que no creo que quiera favorecerme.

Ana. (*Atemorizada.*) Es cierto; pero su voz... sus miradas... sus palabras... En suma, doctor, que cede usted o les llamo.

Salgado. Me parece muy legítima la amenaza. Pero si yo cediese en este momento, usted, hermosa enferma fingida, me favorecería después llamándome colegial, y a quién se da este título ya no se le da otra cosa.

Ana (*Casí temblando.*) Doctor, le ruego que no insista y que se deje de tonterías.

Salgado. Insisto, marquesa, porque esta es la crisis. Los diez minutos pasan como una exhalación... (*Con mayor calor.*) Es usted encantadora... irresistible. . Y yo, para evitar escrúpulos de conciencia (*Hace ademán de cogerla.*) quiero jugar el todo por el todo.

Ana. (*Furibunda, le da un fustazo.*) Pues lo ha perdido todo antes de jugar.

Salgado. ¡Ay! (*Se toca el brazo que ha recibido el fustazo.*)

Ana. (*Llamando en alta voz.*) ¡Sensorio, Honduras, Conde, Julián, vengan ustedes pronto!... ¡Vengan todos!

Salgado. ¡Me he equivocado!

ESCENA VIII

ANA, SALGADO, SENSORIO, HONDURAS, LILAINA *y* ALMA, *entran precipitadamente.*

Alma. ¡Ana!...
Honduras. ¡Marquesa!...

Sensorio. ¿Otro percance?

Ana. (*Con aparente comicidad.*) ¿Qué ocurre? ¡No pongan esa cara de palominos atontados!

Sensorio. ¡Nos hemos alarmado porque ha llamado usted de un modo!...

Ana. ¿Alarmado? (*Ríe.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Tiene gracia! ¿Por qué? Pues yo quería participarle únicamente (*Puesta firmamente de pié.*) una buena noticia de estar *completamente curada.* ¡La inteligencia de nuestro doctor ha hecho el milagro!

Salgado. (*Afectando modestia.*) Por Dios, marquesa; me confunde usted con sus elogios... En el fondo se trataba de una cosa

insignificante, que gracias a su docilidad, puedo asegurar que todo me ha resultado fácil.

Ana. ¡Es la modestia personificada!

Sensorio. (*Bajo a Honduras.*) ¿Qué habrá ocurrido?

Ana. Amigos míos, con su permiso me retiraré un momento a mis habitaciones. Espero que honrarán más tarde mi mesa, pero les advierto que el *menú* será absolutamente vegetalista: todo hierba. Usted también está invitado, doctor. Pero, ahora que recuerdo, creo que ya ha tomado algo.

Salgado. (*Tocándose el brazo.*) En efecto, algo me ha tocado...

Ana. Espero que a pesar de su modestia aceptará los agasajos que le esperan... Yo quisiera ser expansiva, pero no doy con la palabra justa... Será porqué me lo impide la emoción... Hay que considerar que no se recibe a diario la coz de un caballo y la visita prodigiosa de un doctor. Mientras tanto, festéjenle ustedes, amigos mios, porque se lo merece de veras. (*Pausa. Se dirige a su habitación.*)

Sensorio. (*Mirando cómo anda.*) ¡Verdaderamente hay que llevarlo en triunfo! Lo veo con mis propios ojos, y me parece imposible... ¡Anda usted, marquesa como si no le hubiese ocurrido nada!

Honduras. ¡Bravo, doctor! ¡Ha hecho una cura prodigiosa!

Lilaina. Decididamente es un gran maestro.

Ana. Más famoso de lo que usted cree. *(Salgado sonríe amargamente. Ana pasa cerca de Alma, que la contempla a poca distancia de la puerta, imita su entonación seráfica y le dice en voz baja.)* ¿Y usted, Julián, no admira al doctor?

Alma. (*Suspirando con melancolía.*) ¡Pienso con pena, Ana, que yo no soy capaz de realizar obras como las suyas!

Ana. ¡Creo lo mismo! (*Pausa. Saluda con una reverencia exagerada y se retira.* Hasta dentro de poco, señores,

Alma, Lilaina, Honduras, Sensorio, y **Salgado**. (*Estarán en fila; colocados casi a igual distancia uno de otro, se inclinarán simultáneamente y dirán a coro.*) ¡Marquesa!.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

El mismo salón del acto anterior. Es de noche. Las luces están encendidas.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO, HONDURAS, SENSORIO, SALGADO *y* LILIANA.

(*Estarán en la mesa cinco sombreros de formas diversas. Honduras está en el centro del salón con un manuscrito en la mano, gesticulando y mirando en alto, como buscando inspiración. Después se dirige a Antonio, que entra por la puerta común.*)

Honduras. Ponga aquí (*señalando una mesita*) una botella con agua y una copa con azúcar.

(*Antonio se va. Honduras continúa reflexionando y gesticulando.*)

Sensorio. (*Entra por la puerta central con un taco en la mano, dejándose caer inmediatamente en el primer sillón que encuentra. Después dice a Honduras:*)
¿Se dedica usted a la pantomima?

Honduras. Estudiaba... el valor de la voz en determinadas frases.

Sensorio. ¿Gesticulando como un mudo?

Honduras. Amigo mío, yo tengo la inflexión de la voz en el pensamiento. En cada vibración vocal hay un fragmento de alma.

Salgado. (*Desde fuera.*) Venga usted, Honduras, a jugar con nosotros.

Honduras. (*Con altanería.*) No he jugado nunca al billar, doctor,

Salgado. (*Desde fuera.*) Aquí está el Conde, que ejerce de maestro de todos.

Honduras. Allá voy. *(Al salir repite a Sensorio:)* No le quepa duda; hay un fragmenmento de alma.

Sensorio. No lo dudo.

Lilaina. ¿Donde se ha metido Sensorio? ¿Donde estará?

Salgado. *(Entra con un taco en la mano)* Está aquí. Supongo que no se hará ilusiones; estar de pié no es cosa para usted-

Sensorio. Voy, voy. (*Se levanta de mala gana y habla en voz baja al doctor.)* Bromas aparte, doctor; ¿cree usted en la cura del ahorcamiento para vigorizar la espina dorsal?

Salgado. ¿En el ahorcamiento? (*En igual tono.*) ¡Claro que creo!

ESCENA II

ANTONIO *y* ARTURO

Antonio. *(Estallando de satisfacción, entra llevando una bandeja con una botella de agua y un baso, precediendo al Marqués de Fuenteclara.)*

Por aquí, por aquí, señor Marqués. *(Arturo avanza y mira con curiosidad. Antonio deja la bandeja en la mesa señalada por Honduras.)* ¡Me parece un milagro! *(Conmovido.)* Dios bendiga a Su Excelencia si ha venido para hacer las paces con la marquesa.

Arturo. Interinamente vamos a darle una sorpresa, Antonio. Nada le dirás de mi llegada.

Antonio. No podría, aunque quisiera, porqué la señora marquesa salió de casa al anochecer.

Arturo. *(Mirando el reloj.)* ¿l volverá tarde?

Antonio. No sé. Pero no tema nada el señor porqué aquí la quieren bien hasta las piedras.

Arturo. I tù, buen viejo, ¿qué haces?

Antonio. Yo, desde el dia en que la señora

abandonó la casa de Su Excelencia y se marchó a Nápoles —¡que dia más triste aquél!,— he estado siempre a su servicio. Aquí hago de todo un poco: de mayordomo de cocinero, de camarera... perque la señora no quiere mujeres a su alrededor. Unicamente prestan algún servicio la esposa y la hija del jardinero; pero desde que las vieron hablar con un señor que sufre flojedad en las piernas, la señora ordenó que frecuentasen poco la casa...

Arturo. Eso no me ínteresa.

Antonio. Como quiera Su Excelencia.

Arturo, Pero en la casa hay gente... Esos sombreros...

Antonio. Son los sombreros de los amigos de la señora marquesa...

Arturo. ¿Y donde están ahora?

Antonio. Están en el salón del billar.

Arturo. ¿Estando fuera la marquesa?

Antonio. Naturalmente. La cancela del jardín y la puerta de entrada sólo se cierran de noche, y esos entran, salen, fuman, leen, hacen, en una palabra, loquequieren.

Arturo. ¿Sí?

Antonio. (*Tímidamente.*) Pero la señora marquesa, entiéndalo bien el señor marqués, siempre ha sido un modelo...

Arturo. (*Con severidad.*) No te he pedido

informaciones que no necesito. (*Pausa. Mira nuevamente los sombreros y los cuenta*) Uno... dos... tres... cuatro... cinco...

Antonio. Eso es, señor marqués.

Arturo. No está mal.

(*Risas fuera.*)

Lilaina. (*Desde fuera.*) ¡Carambola! ¡Muy bien!

Salgado. (*Desde fuera.*) He ganado la partida.

(*Se oyen bravos acompañados de risotadas.*)

Arturo. (*A Antonio.*) ¡Esto no es una casa, es un club!

Antonio. Se divierten.

Arturo. Ya lo he notado.

Antonio. ¿He de anunciarles la llegada de su Excelencia?

Arturo. ¿Les conozco?

Antonio. No, Excelencia.

Arturo. Pues déjalo; así evitaremos una situación embarazosa para todos. Esperaré tranquilamente el regreso de la marquesa.

Antonio. ¿Tiene algo que mandarme Su Excelencia?

Arturo. (*Con circunspección y dándose importancia.*) Recibiré cartas y telégramas .. Ya comprenderás que la marquesa no ha de saber nada de ello.

Antonio. (*Moviendo la cabeza.*) ¡Genio y figura!...

Arturo. (*Con síncera pretensión.*) No te apures, buen viejo. Mientras yo exista en el mundo, las mujeres no harán voto de castidad. Vete.

(*Sale Antonio refunfuñando*)

ESCENA III

ARTURO, SENSORIO, LILAINA, SALGADO, HONDURAS *y* ALMA.

Arturo. (*Se sienta cómodamente.*) Esperemos.

Sensorio. (*Asomando la cabeza por la puerta, al ver a Arturo, a quien no conoce, exclama:*) ¡Hola, hola! (*Arturo vuelve la cabeza. Desaparece Sensorio, y al instante asoman las cabezas de Salgado, Lilaina, Alma Sensorio, y Honduras. La cabeza de Sensorio estará en el centro, las de los demás, formando grupo con aquélla, asomarán dos a la derecha y dos a la izquierda, cubriendo los cuerpos respectivos con los cortinajes.*) ¿Quién es ése?

Lilaina, Salgado, Honduras, Alma. (*uno después del otro exclaman*):
¡No sé!
¡No sé!
¡No sé!

¡No sé!

(*Arturo vuelve la cara y desaparecen las cabezas.*)

Arturo. (*Para sí.*) Parece que hay agitación en el club.

(*Finge no haber visto nada, y continúa torturando el pavimiento con el bastón.*)

Honduras. (*Entra desenvuelto para observar a Arturo, le pasa por delante y le saluda friamente.*) Caballero...

Arturo. (*En el mismo tono.*) Caballero...

(*Honduras se sienta, saca su libro de notas y empieza a escribir:*)

Sensorio. (*Hace el mismo paseo de Honduras.*) Caballero...

Arturo. Caballero... (*Le sigue con la vista.*) Es el del jardín...

(*Sensorio se arrellana en un sillón, apoya los pies en una silla y enciende su cigarro. Arturo le mira maravillado, y como represalia apoya los pies en un taburete.*)

Salgado, Lilaina, y **Alma.** (*Entran y se escandalizan de la actitud de confianza que guarda Arturo; le observan con altonería, hablan en voz baja, y los tres a un tiempo le saludan con una inclinación de cabeza casi imperceptible, diciendo:*) Caballero...

Arturo. (*Contestando al saludo, pero sin hacer ademan de levantarse.*) Caballeros...

Salgado. No se moleste...

Lilaina. Como si estuviese usted en su casa.

(Alma se sienta cómodamente, saca un libro del bolsillo y lee. Salgado se tumba y enciende un cigarro. Lilaina se sienta a horcajadas en una silla y enciende un tabaco grande. Todos están sentados de manera que Arturo se encuentra rodeado por ellos a conveniente distancia,)

Salgado. (*En alta voz mirando a Arturo.*) Parece que nuestra marquesa no es infiel.

(*Arturo hace impulsivamente un gesto interrogativo.)*

Alma. (*Suspirando.*) Es una adoradora del claro de luna.

Honduras. Me extraña su tardanza, porque había mostrado deseos de que quería oir la lectura del cuarto acto de mi drama. Quizá tengamos que ir por ella.

Lilaina. Nada de eso. Es de buen gusto que una señora se permita hacer sola esa pequeña excursión. Además, no ha querido de ningún modo que yo le sirviese de guía.

Sensorio. (*Con voz cansada*) Yo empiezo a preocuparme, porque ya es bastante tarde. Lo mejor será que vaya en su busca.

Lilaina. (*Con vivaso.*) ¡De ningún modo! Todos o ninguno.

(*Alma, Honduras, Salgado y Lilaina se levantan agitados*)

Alma. Vamos todos.

Honduras. Todos, todos.

Sensorio. ¡Ninguno, ninguno!

Salgado. Cada cual puede hacer lo que tenga por conveniente. ¡Yo voy!

Honduras. Habíamos quedado, querido doctor, en que habría solidaridad entre nosotros.

Lilaina. *L'union fait la force.*

Salgado. ¡Me río de la unión!

Sensorio. (*Con voz apagada.*) Y yo me río de la fuerza...

Honduras. (*Con viveza*) ¡Eso no es razonar!

Salgado. Razone usted si tiene gusto en ello: yo prefiero obrar.

Arturo. (*Para sí.*) ¡Son incomparables!

(*Se oyen gritos fuera de «¡Viva la marquesa!»*)

Alma. ¡Ya llegó!

Salgado. ¡Sí, sí, es ella!

Honduras. Al fin...

Lilaina. La vitorean, como de costumbre.

(*Se oyen las siguientes voces fuera: «¡Buenas noches!», «¡Que usted descanse!», «¡Viva la marquesa!»*)

ESCENA IV

ANA, ARTURO, ALMA, SALGADO, HONDURAS, LILAINA *y* SENSORIO

Ana. (*Vistiendo caprichoso traje campestre; falda corta y zapatos de alpinista. Entra brillantemente cargada de hiedra, helecho y florecillas. Empuña un bastón y lleva un chal en el brazo.*)

Ya estoy aquí, amigos míos. (*La presencia de Arturo la sobresalta.*) ¡¡¡Usted aquí!!!

Arturo. (*Que estaba a punto de abalanzarse instintivamente sobre ella, logra dominarse*) Yo, sí.

(*Los demás observan el embarazo de Ana y Arturo.*)

Ana. (*Con disimulo y con excesiva alegría.*) Ahora me explico la actitud sibilítica de Antonio...

Arturo. En efecto... he hablado con él...

Ana. (*Animándose para impedir que continúe hablando.*)

No puede usted imaginarse la alegría que me ha causado su presencia... Y ahora que recuerdo... ¿Ustedes no se conocerán?

Arturo. Hace unos minutos que nos conocemos... de vista.

Ana. ¿Nada más que de vista? Pues voy a hacer la presentación oficial. (*Presentando a Arturo.*) El amigo más íntimo de mi marido.

Arturo. (*Interrompiéndola con viveza*) Eso es; aunque algo podría rectificar.

Ana. (*Interrumpiéndole.*) ¡Nada de rectificar! La cosa no le perjudica. A él no le hubiera permitido atravesar el umbral de mi casa, ni se lo permitiré nunca; pero con usted... la cosa cambia. A usted hay que darle la bienvenida. (*Rie.*) ¡Ja, ja, ja! ¿Temía usted que le rechasara? Pues andaba usted desacertado... Y permítame que termine la presentación. (*Con solemnidad*) Decía, pues, que presentaba el mas íntimo de mi marido el duque de... Rocabruna.

Arturo. Pero...

Ana. (*Interrumpiéndole*) Y a usted, duque, tengo el honor de presentarle mis amigos más íntimos: Francisco Salgado, un médico... prodigioso; Renato Honduras, un comediógrafo cuyo nombre le será familiar..,

Arturo. (*No lo ha oído nombrar en su vida.*) ¡Ya lo creo!

Ana. Julián de Alma... joven espiritualista; el conde Lilaina... *sportman* distinguidísimo; Gustavo Sensorio, mártir... del bello

sexo... Creo que están hechas todas las presentaciones.

Arturo. (*Violento por dentro, pero aparentando paciente superioridad.*) He tenido una gran satisfaccion. pero la marquesa...

Ana. (*Interrumpiéndole.*) La marquesa se hace intérprete de los sentimientos que animan a sus amigos. Ellos también han sentido satisfacción inmensa... Todos estamos satisfechísimos... Venga esa mano, señor duque. (*Le aprieta la mano rabiosamente.*) Yo se la estrecho en nombre de todos para simplificar la cuestión. (*Ríe.*) ¡Ja, ja, ja!

Sensorio. (*Bajo a Salgado.*) Esos sienten la necesidad urgente de tirarse los trastos a la cabeza.

Ana. (*Con brío.*) Y cuénteme... ¿A qué obedece su visita?... Y ustedes librenme de esta carga. Desde que me he vuelto vegetalista, como el señor Alma, siempre ando cargada de hierbas... ¡Una chifladura!... Julián, conde, tomen ustedes (*Dándoles las flores y hiervas.*) y adornen el salón como de costumbre.

Lilaina. A sus órdenes, marquesa.

Alma. (*Dulcemente.*) ¡Me hará el efecto de que estropeo *La Primavera*, de Boticelli! (*Alma y Lilaina recogen las flores y las hierbas.*)

Ana. (*Con vivacidad.*) ¡Estropéela, estropéela! Y ustedes, líbrenme del bastón, del som-

brero, del chal... (*Con tono de muñeca caprichosa.*) Por Dios, sean ustedes galantes, y no me pongan en ridículo en presencia de un forastero...

(*Honduras le coge el bastón y el chal y se aleja, observando con interés.*)

Sensorio. Yo me encargo del sombrero...

Salgado. Pues no será usted solo...

(*Sensorio y Salgado le toman el sombrero, que llevará cogido a los cabellos con varios alfileres. Arturo está junto a Ana buscando con ansiedad el momento de decirle algo. Alma y Lilaina distribuirán las flores y hierbas en los vasos, alrededor de los cuadros, etc.*)

Honduras. (*En voz baja a Lilaina y Alma.*) Ese habrá sido amante de la marquesa. ¡A mí no se me escapa nada!

Ana. (*Casi reteniendo las manos poco diestras de Salgado y de Sensorio.*) ¡Tengan un poco de compasión! ¡Pobres cabellos míos!

Salgado. Se hace lo que se puede...

Sensorio. ¡Vaya un perfume! (*Siente flaqueza en las piernas.*)

Ana. Cuidado, Sensorio, que se me echa usted encima.

Sensorio i Salgado. (*Juntos.*) ¡Ya está!

(*A cuatro manos se llevan el sombrero y se juntan con los demás amigos que están en confabulación.*)

Arturo. (*Bajo, pero vibrante, a Ana.*) ¿A qué vienen esas locuras de chiquilla caprichosa?

Ana. *(Bajo también y vibrante.)* Y la audacia de usted, ¿a qué obedece?

Salgado. *(Bajo a cualquiera de su grupo.)* Hablan algo excitados...

Arturo. *(Excitado.)* ¡Estoy dispuesto a decirles que soy su marido!

Ana. *(Friamente.)* Dígaselo: quedará usted en situación grotesca. *(En voz alta y con brío.)* Está usted completamente cambiado, duque. Le veo confuso, atontado, envejecido... especialmente lo último. ¡Y si así no fuera, cómo podría explicarse que hubiese preferido este rincón salvaje a los elegantes centros veraniegos! ¿Acaso han desaparecido Aix-les-Bains, Saint-Moritz y Trouville? ¿Han sido abolidos los *music-halls* y los circos ecuestres? Diga, en una palabra, ¿qué se propone? ¿de qué paraíso está hastiado? ¿qué delicia ha abandonado? ¿cuántas odaliscas ha burlado?... Hable usted. ¿Por qué no habla?

Arturo. Porque no me da usted turno, marquesa. Tiene usted el punto interrogativo de repetición, como las ametralladoras. Cuando haya agotado la carga intentaré hablar.

Ana. En el vocabulario de los hombres está escrito: «Hablar», véase «mentir».

Arturo. Pues ya sé qué me toca hacer para no mentir: callar.

Sensorio. (*Bajo a Alma.*) Amigo Julián, creo que ha llegado el momento de dejar el campo libre.

Ana. Amigos míos, ayúdenme ustedes a hacer los honores de la casa. Haga el favor de sentarse, duque. ¡Pronto, una silla para el duque!

(*Alma; Sensorio, Honduras, Salgado y Lilaina cogen cada uno una silla y se apresuran a acercarla al duque.*)

Arturo. Muchas gracias... En caso de querer tomar asiento, con *una* me bastaría...

Ana. Son muy amables esos señores.

Arturo. Es evidente. Siento no poder pasar esta noche con ustedes. Estoy cansado del viaje, y creo además que ya he molestado en exceso... a la pequeña colonia, y no quiero continuar abusando. Hasta que no deje de ser un intruso, será mejor que no sea un importuno. (*Dirigiéndose a los cinco.*) ¿Estoy o no en lo cierto? (*Todos callan como demostración de hostilidad, pero fingirán estar distraídos.*) ¡Oh, perdonen ustedes; siento que protesten con tanta energía! Su cortesía y la de la marquesa no me impedirá creer que cuando dos... o seis, viven felices, la presencia de un tercero... o de un séptimo, ha de resultar inoportuna. Pero no hay que preocuparse por ello. (*Con distinción y altanería y con sonrisa irónica.*) ¡Qué diablo! El tiempo es un gran di-

plomático, y ya verán ustedes como nos arreglaremos. Marquesa... encárguese usted de hacer comprender a sus amigos que nos arreglaremos. Convendrá que empiecen a acostumbrarse a ello, porque como nada tengo que hacer, estoy dispuesto a quedarme.

Ana. (*Levemente descompuesta.*) ¡Esto más!...

Arturo. (*Interrumpiendole con fingida humildad.*) Marquesa, he venido para ponerme a sus pies, y no es mía la culpa si me siento bien ellos. (*Saludando.*) Señores... (*Sale.*)

ESCENA V

ANA, SALGADO, ALMA, HONDURAS, LILAINA y SENSORIO

(*Ana está irritada y concentrada en sí misma por la desfachatez de Arturo. Salgario, Lilaina, Sensorio y Honduras cambian miradas de inteligencia y están de acuerdo en tomar la decición de dejar en paz a la marquesa. Cogen los sombreros y se disponen a saludarla.*)

Ana. (*Con decisión.*) ¡Honduras!

Honduras. Estoy a sus órdenes, marquesa.

Ana. ¿No habíamos quedado en que me leería el séptimo acto de su comedia?

Honduras. El cuarto, marquesa.

Ana. (*Concisamente.*) ¡Léalo!

Honduras. (*Mira a los demás con aire triunfante.*) Si ha de serle grato...

(*Separa el sombrero, saca del bolsillo el manuscrito, lo abre y se sienta junto a la mesita. Ana se sienta de espaldas a Honduras, pensando visiblemente en algo que nada tiene que ver con la lectura.*)

Salgado. (*Se le acerca por la derecha y se despide seriamente.*) Marquesa...

Ana ¿No asiste usted a la lectura?

Salgado. Francamente... creo que esta noche ha llegado un médico menos... *prodigioso* que yo, pero más práctico. Para hacer un experimento sobre mi persona tuvo usted necesidad, en aquel inolvidable día de neurosis, de inventar lo de la coz... imaginaria. Para experimentarle a él, parece que necesita usted que un autor le lea una comedia. Mientras la cosa se resuelve, entrego, privisionalmente, mi dimisión.

Ana. (*Levantando las espaldas con descortesía.*) Lea usted, Honduras.

(*Salgado hace una reverencia y sale. Lilaina, Alma y Sensorio están en pié embarazados y en plena confabulación.*)

Honduras. (*Lee, destacando las palabras como si cada una de ellas fuese producto de la más alta inspiración.*)

«La escena representa un parque encantador. En plena luz meridiana, las flores entreabiertas despiden una fragancia sensual, casi palpable. Se oye el zumbido de una

abeja. Después un largo, un larguísimo silencio.»

Sensorio. (*Tímidamente.*) Perdone usted, marquesa; aprovechamos este silencio para saludarla.

Ana. (*Viendo que Sensorio, Lilaina y Alma se disponen a salir.*) ¿Cómo? ¿También se van ustedes?

Alma. El alma de usted, marquesa, esta noche vaga por otra región.

Ana. (*Apresuradamente.*) Pues vaya usted a juntarse con ella y salúdela de mi parte. Buenas noches, señores.

(*Lilaina, Alma Sensorio saludan con una reverencia y salen. Ana continúa vuelta de espaldas a Honduras y cada vez más distraída.*)

Honduras. (*Después de esperar un rato.*) ¿Puedo continuar, marquesa?

Ana. Lea usted... (*Mirando a su alrededor*) ¡Tiene gracia; yo soy todo su auditorio!

Honduras. (*Con pedantería.*) Las reuniones de intelectuales, cuanto más reducidas mejor resultan.

Ana. Pues esta será excelente, porque no puede reduceirse más. Siga usted.

Honduras. (*Lee.*) «Escena primera. Camila y Narciso. Ambos avanzan con exagerada lentitud y se sientan junto a una fuente. Camila (levantando un poco la cabeza): ¡Era dulcísimo anoche el acento gris de

vuestra voz!—Narciso (tendiendo hacia ella el brazo derecho): ¡Porque vos, Camila estábais en mí!»

Ana. (*Siguiendo el curso de sus ideas.*) ¡En el fondo, es una de sus acostumbradas desvergüenzas!

Honduras. ¿Cómo?

Ana. Sí; lo que me ha dicho el doctor. «Ha llegado un médico más práctico.» ¿Con qué derecho lo asegura? (*Levantándose con rabia.*) ¿Con qué derecho?... Continúe... (*Continúa paseando sin prestar atención a Honduras.*)

Honduras. Continúo, marquesa. (*Lee.*) «Camila: Era dulcísimo anoche...» ¡No!... esto ya lo había leído. (*Buscando*) ¡Ah, aquí! (*Lee.*) «Camila: Sí; yo estaba en vos, yo estaba en vos, y ahora lo veo todo con claridad meridiana. (*Lanzándose.*) No es extraño, ¡oh Narciso!...»

Ana. ¡Es lo que yo digo! ¡No es nada extraño! ¿Qué tiene que ver la neurosis? Llega de improviso un amigo de mi marido. La cosa me aburre, me irrita, me turba... Pero nada significa... No es extraño... Continúe usted. ¿Lee usted. sí o no?

Honduras. (*Se levanta pacientemente.*) Marquesa, confieso que esta noche no estoy de vena...

Ana. Ahora comprendo sus continuas inte-

rrupciones. Podía usted haberlo dicho antes.

Honduras, Si le place, puede leerlo usted misma. (*Breve pausa.*) ¿Puedo retirarme?

Ana. Cuando usted quiera.

Honduras (*Echa agua a la copa, bebe solemnemente, saluda con dignidad y deja el manuscrito sobre la mesa.*) Marquesa...

Ana. (*Sin mirarle le saluda con la mano.*) Hasta la vista.

Honduras. Buenas noches. (*Sale.*)

ESCENA VI

ANA, ANTONIO, *y* ARTURO.

Ana. (*Toca el botón del timbre y aparece Antonio.*) ¡Antonio!

Antonio. ¿Manda algo la señora marquesa?

Ana. Cierre la cancela y la puerta de entrada y acuéstese. ¿Ha comprendido usted? ¿Qué espera usted?

Antonio. Si me permitiese la señora marquesa... quisiera...

Ana. Le mando a usted que cierre.

Arturo. (*Entrando.*) Obedezca a la senyora, Antonio.

Ana. (*Contrariada.*) ¡Oh, no! ¡Ahora no!

Arturo. (*A Antonio.*) Cierre bien, y para mayor seguridad, guarde usted las llaves.

Antonio. Tengo esa costumbre.

Ana. *(A Antonio.)* Se lo prohibo.

Antonio. ¿No me habia ordenado la señora marquesa que cerrase?

Ana. (*Irritadísima.*) Menos palabras.

(*Se aleja Antonio, mirando a Arturo con el rabillo de los ojos. Arturo le indica que cierre y Antonio sale de escena,*)

ESCENA VII

ANA *y* ARTURO

Ana. No me negará que es una inconveniencia muy grande penetrar a esta hora en casa de una señora sin hacerse anunciar siquiera.

Arturo. (*Tranquilo, y al mismo tiempo elegante, altanero y alegre.*) No lo niego. *(Se sienta.)* Pero hay que convenir en que no tiene en cuenta una circunstancia importante.

Ana ¿Cuál?

Arturo. Que soy el marido de usted.

Ana. Pues ya que tiene tanto empeño en ejercer de marido, he de hacer resaltar que por lo menos es una imprudencia colarse de

improvisto en casa de la mujer propia. ¿Fía usted ciegamente en mi honradez?

Arturo. Fio, especialmente... en tu amor.

Ana. Eso es megalomanía, amigo mío.

Arturo. ¡Vaya una palabreja! ¿Quién te la ha enseñado? ¿El doctor?... El caso es que uno es amado por qué sí y no por qué sea digno de ello. Tú me amas: he aquí todo. Demuéstrame lo contrario, si puedes.

Ana. Lo he demostrado en exceso.

Arturo. Pués yo no lo he notado.

Ana. ¿Has olvidado que en cuanto supe que me engañabas abandoné tu casa?

Arturo. ¡Naturalmente! Por amor.

Ana. ¿Has olvidado que también abandoné la ciudad en que tú vivías?

Arturo. Por amor.

Ana. Y a tu humilde carta en la que me pedias permiso para venir a buscarme, ¿no contesté negativamente?

Arturo. Por amor, niña mía, por amor.

Ana. Razonando de este modo comprendo que te hagas la ilusión de que me muero por tí. Pero lo cierto es que me has encontrado alegre, feliz y rodeada de adoradores de diversa condición.

Arturo. ¡Son cinco!

Ana. Y podía haber escogido uno.

Arturo. En este caso se hubieran evaporado los otros.

Arturo. ¡Quiá! ¡Mi presencia te ha conmovido!

Ana. ¿Por miedo a que podías haberme cogido *in fraganti*?

Arturo. Es inútil que te molestes para infundirme sospechas.

Ana. (*Aburrida de no conseguir que sospeche, se levanta.*) ¿De modo que no cree usted verosímil que yo tenga un amante?

Arturo. Confieso que no lo creo verosímil.

Ana. (*Irritada.*) ¿Y no cree usted que mientras está usted hablándome con altanería puedo esconder en mi habitación al hombre a quién amo?

Arturo. No lo creería ni aún viéndolo.

Ana. (*Con amenaza feroz.*) ¡Arturo!... ¡Arturo!...

Arturo. No veo que haya motivo para enfurecerte como una fierecilla enjaulada.

Ana. Piense en que si fuese verdad lo que le he dicho, ningún marido hubiera estado en situación más ridícula.

Arturo. Si fuese verdad, no me lo hubieras dicho.

Ana. (*Con inspiración de momento.*) ¿Y si hubiese dicho la verdad para que la tomase usted por fingimiento?

(*Arturo se siente herido; pero disimula. Pausa. Ana*

comprende la situación, y satisfecha le mira de reojo.)

Arturo. (*Recobra la serenidad y ríe sinceramente.*)
¡Bah! (*Se le acerca y le levanta la cabeza con los dedos como se hace con los chiquillos.*) No se puede ser al mismo tiempo Yago... y Desdemona. (*Ana, decidida a conseguir su intento de atormentarle, empieza a demostrar que está segura de la confianza de su marido como si en realidad tuviese que esconder a alguien.*) Para ejercer de Yago, hermosa niña, hay que tener al menos pidardía. ¿No se te ha ocurrido què habia de tomarme la molestia de ver salir a tus adoradores?

Ana. (*Continuando la misma ficción.*) ¿A los cinco... naturalmente?

Arturo. Claro. a los cinco...

Ana. ¿Y habrá usted visto cómo estraban los cinco en el hotel?

Arturo. (*Con un sacudimiento.*) Verles entrar, no... No han llegado a tanto mis funciones policíacas... Pero ello no tiene importancia.

Ana. ¡Naturalmente!... Teniendo la seguridad de que han salido de aquí ya lo demás nada puede importarle. (*Pausa*) Pues bien; ya podemos despedirnos... Buenas noches.

Arturo. (*Levemente preocupado.*) ¡Buenas noches!

Ana. Es tarde: llegó la hora de tocar soleta.

Arturo. ¡Marcharme yo! Veo que tienes ganas de bromear. Antonio, que está de acuerdo conmigo, habrá cerrado, y no es cosa de ir a despertarle y de que me humilles delante de un criado... Además, no veo el motivo para que no puedas ofrecerme la hospitalidad que en el campo te verías obligada a conceder a un forastero cualquiera.

Ana. (*Demostrando siempre que está como sobre ascuas y ostentando la dificultad de aparecer desenvuelta.*) Si... pero... ¿como me las arreglaré?... Allí (*señalando la derecha*) no hay más que un cuartucho sin muebles... ¿Quiere verlo?... Aquí (*señala la izquierda*) está mi cuartito, tan diminuto que para albergar en él a otra persona tendría que pertenecer a la raza liliputiense. (*Con relativa perplejidad y desenvoltura cierra la puerta de su habitación.*) En suma; lo siento, pero no puede ser.

Arturo. (*Observa con preocupación más acentuada.*) Pues yo apostaría cualquier cosa que si hacemos una breve exploración por el cuartito, daremos con la solución del problema.

Ana. (*Simulando, con picardía, contrariedad.*) Pero como yo no he de permitir la exploración...

Arturo. No seas niña. (*Con inquietud, pero procuraando parentar calma y galantería.*)

En calidad... de difunto marido, me parece que no es exagerado el deseo... póstumo de penetrar un poco en los secretos de mi viudita.

Ana. (*En tono de súplica y con gesto muy serio, satisfecha de que Arturo vaya cayendo en la trampa.*) ¡Por Dios, Arturo, no sea usted obstinado!

Arturo. (*Perdiendo la paciencia.*) Ha llegado ya la hora de acabar con esa burla, que empieza a convertirse en fastidiosa para los dos.

Ana. (*Fingiendo gran agitación.*) Está usted en lo cierto... y le suplico que acabemos.

Arturo. Sí, acabemos. (*Dirigiéndose resueltamente hácia la puerta del cuarto de Ana.*) Quiero entrar en esta habitación.

Ana. (*Escondiendo la satisfacción que siente y aparentando gran turbación, se coloca en la puerta para impedirle la entrada.*) ¡Pues no entrará usted!

Arturo. (*Iracundo.*) ¡Basta ya! (*La coge por un brazo.*)

Ana. ¡No, no quiero!...

Arturo. ¡Es inútil!

Ana. ¡No, Arturo, por piedad!

Arturo. Te juro que he de entrar. (*La suelta con violencia.*)

Ana. (*Gritando.*) ¡Ah! (*Arturo se precipita dentro de la habitación. Ana, radiante de alegría, palmotea como una chiquilla.*) ¡Al

fin ha caido! ¡Ha caido! (*Observa con satisfacción. Pausa. Arturo entra en escena aniquilado. Ana, al verle, suelta una sonora risotada.*) ¡Ja, ja, ja!

Arturo. (*No sabe si irritarse por la burla, o mostrarse satisfecho de la inocencia de Ana.*) ¡He caido en la trampa!

Ana. (*Ríe con estrépito.*) ¡Ja, ja, ja!... ¡Ja, ja, ja!

Arturo. He perdido la cabeza y me has cogido... ¡Me daria de bofetadas!...

Ana. (*Continúa riendo.*) ¡Ja, ja, ja!... ¿Y era usted el que hace un momento no queria creer que yo fuese capaz de esconder un amante en mi habitación? ¡Ja, ja, ja! ¿Uusted que decia que ni viéndolo lo creería? ¡Ja, ja, ja! El caso es cómico... Nada, que un marido puede ser una cosa muy divertida. (*Se sienta en una silla demostrando cansancio. Pausa.*)

Arturo. Cuando te parezca que has reido bastante, hablaremos un rato con seriedad.

Ana. Qneria proponerle lo mismo.

Arturo. Digo sinceramente que soy culpable.

Ana. ¿Estamos de confesión?

Arturo. Esto lo he confesado siempre. Pero si es cierto que he sido culpable, no lo es menos que he tolerado todos los caprichos de tu emancipación, sin medida ni freno, y que he purgado mis culpas viajando por esos mundos solo, abandonado.

Ana. (*Interrumpiéndole.*) ¡Acaso no sobran mujeres en el mundo!

Arturo. ¡Sobrarán mujeres, pero yo ne he dado con ellas!

Ana. ¡Que casualidad! ¡Pues yo no he tenido la fortuna de dar con un hombre!

Arturo. Y en vista de ello me dije...

Ana. (*Interrumpténdole.*) «Vale más algo que nada.»

Arturo. ¡No señora! Me dije: (*con afectuosa distinción*) «Vale más empezar de nuevo... (*Insinuante.*) Convengamos, Ana, en que bajo el punto de vista social ya he recibido bastante castigo, y creo que no merezco más... Empecemos de nuevo... La noche, el silencio de la campiña, el aire embalsamado que respiramos, todo son circunstancias propicias. (*Pausa.*) ¿Quieres?

Ana. ¡Ah!... La noche... el silencio... el aire embalsamado... dos años de separación... En estas circunstancias es fácil vencer a una mujer... Hasta suponiendo que yo fuese una fortaleza... podría capitular... por falta de víveres. Pero no; hay que reflexionar. ¿Lo que usted trata de reorganizar es un matrimonio o un *faux-ménage*? Un matrimonio ya sé que no puede serlo, y en este caso, Arturo, hay que ser prudentes. Si verdaderamente tiene usted la esperanza de reconstruir el edificio matrimonial, espere que yo lo solicite, por que en este caso si el

nuevo edificio ha de derrumbarse, podrá decirme: «Tú lo has querido.» ¿Me comprende usted?

Arturo. ¡No, palabra de honor! Debieras escribir libros, que nadie entendería, y de este modo adquiririas celebridad. Pero para que veas que quiero darte gusto... (*suspira*) esperaré.

Ana. (*Festivamente.*) Mientras tanto, evitaré que tenga usted que humillarse en presencia de un criado. La noche es corta, y podrá usted pasarla en este salón. Espero que el marqués de Fuenteclara será bastante caballero para respetar la hospitalidad que voy a concederle.

Arturo. ¿En este salón?... ¿Solo... como un perro?

Ana. Entre los brazos... de un sillón.

Arturo. ¡Vaya un regalo!

Ana. (*Alegremente.*) Yo misma le prepararé la cama... Deje usted...

(*Acerca a la mesilla en que están el manuscrito de Honduras y una lámpara, una de las poltronas más cómodas.*)

Arturo. Pero no... no te molestes...

Ana. Déjeme... (*Acerca a la poltrona una silla tapizada.*) Así... Muy bien... (*Apaga las luces, excepto la que está sobre la mesilla.*) ¿Que prefiere usted, la media luz o la obscuridad completa?

Arturo. En mi situación... Lo mismo da...

Ana. ¿Dejo la media luz?

Arturo. (*Condescendiente.*) Como tú quieras.

Ana. (*Coloca la pantalla en la lámpara y le indica la poltrona.*) ¡Y ahora, a la cama!

Arturo. Me acostaré cuando te hayas retirado.

Ana. (*Caprichosamente.*) ¡No, no, no, no! Quiero dejarle ya en su sitio para quedar con la conciencia tranquila. (*Le coge por el brazo, le conduce hasta la poltrona y le obliga a sentarse.*) Echese usted.

Arturo. ¡Santa paciencia! (*Alarga los pies sobre la silla.*) ¡Ya estoy echado!

Ana. ¡Bravo! ¡Estará usted divinamente! Y como aquí las noches son algo frías, ahí va mi chal. (*Lo huele graciosamente y lo hace oler a Arturo y le cubre las piernas con el chal.*) Perfectamente. Y ahora que los derechos y los deberes de la hospitalidad ya están a salvo, querido marqués, le deseo que descanse.

(*Se aleja.*)

Arturo. (*Suspirando.*) ¡Oh! (*Cuando Ana está a punta de salir de la escena, hace Arturo un movimiento como para levantarse.*)

Ana. (*Severamente.*) ¡Cuidado!

Arturo. ¡Si no me muevo!

Ana. (*Desde la puerta.*) ¡A dormir!

Arturo. Sí; como los perros. (*Sale Ana.*) ¡Uf! (*Pausa.*) ¡Este incidente es muy doloroso!..

¡Y después hablarán del «calor del hogar doméstico!» (*Distraidamente coge el manuscrito, que está en la mesilla.*) ¡Qué es eso! ¡Ah! Debe ser una de las obras maestras de aquel ilustre autor. (*Pensativo.*) «¡Honduras!...» ¡En la vida he oído semejante nombre! (*Lee.*) «La escena representa un parque encantador. En plena luz meridiana, las flores entre abiertas despiden una fragancia sensual, casi palpable.» (*Bosteza.*) ¡Es interesante! (*Dirigiendo los ojos a la puerta de la habitación de Ana.*) Si me atreviese... (*Reflexiona.*) ¡No... no! (*Lee.*) «Se oye el zumbido de nna avispa. Después un largo, un larguísimo silencio. Escena primera. Camila y Narciso.» (*Bosteza y continúa la lectura.*) «Ambos avanzan con exagerada lentitud y se sientan junto a una fuente. Camila (levantando un poco la cabeza)...» (*Se le cierran los ojos; los abre nuevamente y continúa leyendo de mala manera.*) «Era dulcísimo anoche... el acento gris... gris». (*Queda vencido por el sueño.*)

Ana. (*Abre a medias la puerta y aparece con un peinador blanco, los cabellos sueltos, llamando muy quedo.*) ¡Arturo! ¡Arturo!... (*Pausa. Para sí.*) ¿Es posible?... (*Se acerca a él de puntillas. Le mira con estupor.*) ¡¡Duerme!! (*Pausa.*) ¡Después de dos años!... (*Está a punto de darle un puñetazo, pero domina su impulso. Con cara desdeñosa y despreciativa, pausadamente, se dirige hacia*

la izquierda. Al llegar a la puerta de su abitación, se vuelve para mirarle nuevamente.) ¡He aquí un marido! (*Sale.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma habitación de los actos anteriores, iluminada espléndidamente por la luz del sol.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO. FELIPE *y* ARTURO

(*Arturo duerme en el sillón en que estaba al terminar el acto anterior. La lámpara está aún encendida. Antonio se acerca con cuidado á la mesilla y apaga la luz.*)

Felipe. (*Entrando*) He de hacerle una pregunta, señor Antonio.

Antonio. (*En voz baja*) No levantes la voz. Felipe. ¿No ves que hay quien duerme?

Felipe. (*Con curiosidad*) ¡Un tipo desconocido!

Antonio. (*Misteriosamente*) Es mi amo el marido de la señora marquesa.

Los dos continúan hablando bajo junto á la puerta de entrada.)

Felipe. ¿Y cuándo ha llegado?

Antonio. Anoche; pero punto en boca.

Felipe. ¿Por qué?

Antonio. Porque ahora creo que es necesario guardar el secreto.

Felipe. ¡Soy una tumba! Pero no me explico una cosa ¿Acaso no podía (*señalando con*

picardía la puerta del cuarto de Ana) haber dormido en mejor cama?

Antonio. ¡Ignorante! ¿Por quién has tomado al señor marqué?

Felipe. ¡Tiene gracia! ¿Es ó no su marido?

Autonio. Si... Pero... entre nobles se ha perdido esta costumbre.

Felipe. Ya comprendo: cada cual por su lado.

Antonio. ¡Naturalmente! Venga pronto la pregunta.

Felipe. En el hotel hablaban de marcharse los amigos de la señora marquesa,

Antonio. Bueno...

Felipe. Aquel señor enfermizo...

Antonio. ¿El señor Sensorio?

Felipe. Justo. ¿Qué clase de persona es?

Antonio. No sé cómo explicártelo.

Felipe. Hace más de dos meses que mi mujer y mi hija se cuidan de lavarle y plancharle la ropa, y hasta ahora no ha soltado ni un céntimo.

Antonio. Pues no pierdas el tiempo y obra cuanto antes, porque ese se las lía de un momento á otro.

Felipe. ¡¡Válgame San Caralampio!!

Antonio. (*Riendo*) ¡Pobrecillo!

ESCENA II

ANTONIO, ANA y ARTURO

Ana. (*En elegante toilette de mañana entra en el salón, y al ver a Arturo exclama*): ¡Jesús! ¡¡Aún duerme!!

Antonio. (*haciendo una reverencia*) ¡Señora marquesa!

Ana. Traiga una taza de café para el señor.

Antonio. Ya está preparada, señora marquesa. (*Sale. Ana se acerca al espejo y se arregla los cabellos. Antonio entra con la taza de café y dice*): ¡Señor marques, señor marqués!

Ana. Más fuerte, Antonio.

Antonio. (*Levantando la voz*) ¡Señor marqués!

Arturo. (*Sobresaltado*) ¿Qué ocurre? (*Ana se coloca detrás de Arturo para que no la vea.*)

Antonio. El café, señor marqués. (*Le presenta la taza de café.*)

Arturo. (*Soñoliento*) El café... ¿para qué? ¡Ah! ya... ¿De modo que me quedé dormido?

Ana. (*Adelantándose*) ¡Has dormido diez horas! ¡Me parece que la situación no es muy airosa para un marido que pretendia seducir a su mujer! (*Antonio sale.*)

Arturo. El que duerme no peca. ¡Yo no he pecado!

Ana. (*Suspirando*) ¡Pues yo tampoco! (*Arturo empieza a sorber el cafe. Pausa.*) ¿Has acabado de sorber?

Arturo. Sí.

Ana. Pues dame un fuerte apretón de manos y ponte en camino.

Arturo. Nada de eso, amiga mía. El cuerpo me pide reposo.

Ana. (*Interrumpiéndole cariñosamente*) Hablemos como buenos amigos, Arturo. Tu sueño ha sido providencial, porque quizá sin él hubiese acabado por cometer... una locura de la que tendría que arrepentirme, por la sencilla razón de que yo he dejado de amarte y tú no me has amado nunca. Pero teniendo en cuenta que las mujeres aun no tenemos el buen sentido de renunciar á esa qiusicosa del amor, ya puedes suponer lo que, tarde o temprano, me ha de ocurrir.

Arturo. A tí no te ocurrirá nada, si es que nada te ha ocurrido hasta ahora.

Ana. (*Acosándole*) No me ha ocurrido nada porque no han sabido amarme los hombres que me han rodeado. ¡Es inútil¡ ¡ya no hay quien sepa amar!

Arturo. En este caso, ¿qué esperas? ¿qué divagas? Si todos somos iguales, te pasarás

la vida de desilusión en desilusion esperando la mosca blanca, el hombre exeepcional, el nuevo apóstol del amor...

Ana. (*Acosándole más*) Cuando me canse de esperar al hombre excepcional que no existe, como no querré resignarme la necesidad me obligará a transigir, y entonces la transacción me parecerá una fiesta.

Arturo. ¡Pues transige conmigo, y si no consigues toda la felicidad que has soñado, en cambio habrás cumplido los deberes de una mujer honrada!

Ana. Es lo que sería más de tu gusto...

Arturo. Y siendo inevitable la transacción, tampoco debiera á tí disgustarte.

Ana. (*Decididamente*) Comprendo que pueda transigirse con un amante; pero con su marido, nunca.

Arturo. ¡No estás en lo justo, porque con un marido la cosa pasa en familia!

Ana. Arturo, no te obstines en pedir que te salve. Aprovecha la situación que te he creado al presentarte a aquellos señores para marcharte en santa paz y para evitar que caiga sobre ti el ridículo. Separado de mí, nadie podrá reir a tus espaldas. En cambio, ¿qué sería de ti á mi lado? Te convertirías en la reproducción del habitual marido engañado o del eterno candidato al engaño.

Arturo. ¡Temores infantiles! El adulterio, amiga mía, es cosa que va pasando de moda... Ahora, las mujeres pervertidas hacen traición a sus amantes con los maridos, y las virtuosas, como tú, con sus maridos traicionan a sus adoradores. ¿Qué haría á tu lado? ¡Demostrarte que un matrimonio no se liquida del mismo modo que se liquidaría un bazar, ¡no, por Dios!, y que yo (*con severidad y energía*) tengo aquí a una mujer a la cual no quiero renunciar, y sobre la cual tengo un *derecho* que quiero ejercitar.

Ana. ¡Ta, ta, ta, ta!... ¿Un derecho a ejercitar? ¡Tiene gracia! (*Ríe moderadamente.*) ¿De modo que invocas la ley? ¿Nada menos que la ley? ¡Muy bien! En este caso te ruego que no pierdas minuto para poner en práctica el nuevo procedimiento. Sólo tengo que deplorar que, para reconquistarme, no hayas sabido hacer más que estas tres cosas; *Primera*, solicitar de mi una aventura a paso de carga; *segunda*, dormir diez horas a pierna suelta, y *tercera*, llamar a la ley en tu auxilio. ¡Son medios verdaderamente irresistibles! (*Arturo se sienta y con aire negligente enciende un cigarro, volviendo las espaldas a Ana. Esta después de una pausa.*) ¿Te quedas?

Arturo. Me parece.

Ana. ¿Y después?

Arturo. Después... fumo.

Ana. Hay que convenir en que has reducido el matrimonio a la más simple expresión. *(Sale por la izquierda.)*

Arturo. (*Para sí*) Se necesita paciencia...

ESCENA III

ANTONIO *y* ARTURO. Después ANA

Antonio. ¡Señor marqués!

Arturo. ¿Qué hay?

Antonio. (*Anunciando en tono de ujier del tribunal*) El conde Lilaina, el doctor Salgado, el señor de Alma, el señor Sensorio el señor Honduras...

Arturo. ¿No hay màs?

Antonio. Nadie más señor marqués.

Arturo. ¿Qné desean de mí?

Antonio. De su Excelencia absolutamente nada.

Arturo. En este caso anúncialos a la marquesa.

Ana. (*Entrando con calma y cinismo*) ¡Ya lo he oido!

Aaturo. (*à Ana, sinceramente maravillado*) ¿Qué es eso? ¿Tan temprano se empieza?

Ana. A cualquier hora. Lo que me extraña

es que se hayan tomado la molestia de hacerse anunciar. La puerta siempre está abierta para ellos. (*Con afectada deferencia.*) Si te opones a que los reciba, no tienes más que ordenarlo. Has cargado nuevamente con una de las primeras atribuciones de un verdadero marido: la de regular las *entradas* y las *salidas* de los amigos de tu esposa.

Artnro. (*desdeñosamente*) ¡Que entren, que salgan, que hagan lo que les parezca! ¡Estás fresca si crees que voy a ocuparme de ellos! Antonio, ordena que traigan las maletas que dejé en el hotel y procura que que esta habitación (*Señalando la de la derecha*) sea amueblada para mí con el mayor *confort* posible. Te recomiendo que tengas especial cuidado en que pongan buena cama.

Antonio. Descuide el señor marqués; le serviré lo mejor posible, pero dudo que pueda estar dispuesta la cama para esta noche... Estamos en el campo...

Arturo. Para esta noche... (*Dando una mirada significativa a Ana*) creo no será indispensable.

Ana. (*Para sí irónicamente*) ¡Valiente ganga!

Antonio. Está bien, señor marqués. (*Pausa*, ¿Y qué digo a esos señores?

Arturo. Por mí.., ¡que pasen!

Ana. (*A Antonio en el mismo tono*) ¡Que pasen!

Antonio. (*Se acerca hasta la puerta de entrada*) ¡Pasen ustedes! (*Arturo se dispone a salir por la izquierda*)

Ana. (*A Arturo*) ¿Como? ¿Te vas?

Arturo. Naturalmente. (*Sale*)

ESCENA IV

ANA, HONDURAS, SALGADO, SENSORIO, ALMA y LILIANA

(*Honduras, Salgado, Sensorio, Alma y Liliana visten traje de viaje, quién lleva el guardapolvo en el brazo, quien ya lo lleva puesto, Alguno llevará bolsa de viaje. Cada cual vestirá con arreglo á sus gustos. Alma llevará libros. Liliana estará más elegante que nunca. Entran el uno después del otro, en fila, y quedan melancólicamente silenciosos, guardando una actitud correcta pero expresando con el semblante prudencia, amargura, resignación. Están alineados como fantoches. Va delante Sensorio.*

Ana. (*Después de larga pausa*) ¿Qué pasa? ¿Hay alguna novedad? ¿Ocurre algo grave?

Sensorio. ¿No ha notado ueted que nos presentamos en traje de viaje?

Ana. ¿Todos?

Sensorio. (*Decorosamente*) ¡Todos!

Ana. Una resolución colectiva tomada tan bruscamente me huele a conjura... En efec-

to. tienen ustedes aire de conjurados. (*Los cinco cambian miradas entre si. Pausa.*) Pero antes se explicarán ustedes... Desentrañen este enigma en acción... Por lo que se refiere a usted, Sensorio, hace mal en marcharse... El aire de aquí le va bien para la salud... La familia del jardinero así me lo ha asegurado.

Sensorio. Ignoro, marquesa, los chismes que habrán podido llegar hasta usted. Vale más no hablar de esas pequeñéces... Lo cierto es que yo parto... mejor dicho nosotros partimos... por razones independientes de nuestra salud.

Salgado. Asuntos urgentísimos, marquesa.

Honduras. Me escriben que se organizan conferencias feministas y que yo debo inaugurarlas.

Lilaina. Me escriben que se prepara un *meeting*do carreras de caballos, y que yo debo ejercer de *entreneur*...

Ana. Naturalmente... de los caballos de usted.

Lilaina. Ya comprenderá usted que no me prestaría al hacer semejante cosa para caballos de otros.

Ana. ¿Y usted, Julián?

Alma. (*Suspirando*) ¡Ay de mí marquesa!... ¡Me ha caído la venda de los ojos!... Empiezo a notar...

Ana. (*Con ansia*) ¿Qué?

Alma. ¡Que soy un hombre como los demás!

Aua. ¡Parece mentira!

Alma. Pues confieso que anoche me convencí de que, a pesar de mis ideas, no logré sustraerme a las miseriucas de la vida real.

Ana. ¿Precisamente anoche? ¡Pues está resuelto el enigma! La causa de la proyectada fuga general no puede ser motivada más que por la presencia del nuevo forastero. ¿Estarán todos ustedes celosos de él?

Salgado. (*Vivamente*) ¡Yo no!

Ana. Ha negado con excesiva precipitación para dejarme convencida.

Salgado. No hay tales celos, marquesa. Si fuese usted el *dividendo* de una sociedad en comandita, no habría manera de confundirse... Podriámos ser varios a repartirnoslo, y yo no me quejaria...

Ana. Veo dificilillo, querido doctor, que diez hombres se dividiesen el amor de una mujer, cuando igual número de mujeres no basta para enamorar a un hombre.

Salgado. Marquesa, no hagamos cálculos aritméticos... que son completamente inútiles. ¿Me permite usted que sea sincero?

Ana. Con mucho gusto.

Salgado. Aquí vivíamos tranquilamente, tomando el fresco, y de vez en cuando algún disgustillo que, después de todo, no

provocaba ninguna emoción fuerte. Y la emoción, caso de existir, duraba el tiempo que tardaba uno de los cinco en convencerse de que los cuatro restantes también habían fracasado.

Ana. ¡Me parece que su manera de razonar también tiene que ver con la aritmética!

Salgado. Ninguno tenía motivo de aflicción ni habia de deponer las armas. Siempre alimentaba la ilusión de que podia aparecer la esperanza con alguna nueva salida de sol. Pero desde el momento en que hoy el sol nos a anunciado su luna de miel, a la cual es desagradable asistir, no hay para qué alimentar ilusiones... El puesto que al parecer estaba vacante ha sido ocupado desde anoche... Y como se han desvanecido las esperanzas... hemos decidido marcharnos, por que ya no hay nada que hacer.

Ana. (*A todos.*) En conclusión: ¿suponen ustedes que el forastero de ayer es mi amante?

Honduras. (*Con sonrisa de superioridad.*) Marquesa, por Dios, ya comprenderà usted que hay cosas que no pueden sustraerse a mi aguda observación.

Ana. ¿De modo que cree usted que es mi amante?

Honduras. (*Con pedantería.*) Sí.

Salgado. (*Con dureza.*) ¡Y yo creo lo mismo!

Lilaina (*Con brío.*) ¡Yo también!

Sensorio. ¡Y yo!

Alma. (*Suspirando.*) Ha vencido la materia.

Ana. Pues bien; confieso que viviendo con personas tan perspicaces, entre las cuales se encuentra un notable fisiólogo (*señalando a Salgado.*) y un refinado psicólogo (*ídem a Honduras*), es imposible esconder la verdad. (*Pausa.*) Amigos míos, ha llegado la hora de la separación. No sé cuando nos encontraremos de nuevo... por que yo pienso quedarme aún aquí para tomar el fresco... y quizá tambien algún disgusto. Me duele en el alma que se vayan, pero comprendo sus sentimientos y no me atrevo a pedirles ningún sacrificio... Adios, señores. (*Los cinco se acercan a Ana, extendiendo los brazos para estrecharle la mano.* ¡Un momento! (*Con estudiada pesadumbre.*) Les pido como favor que no se marchen sin estrecharle también la mano a *él.* ¿Acceden ustedes.

Salgado. No habia pensado en ello... pero si usted lo cree necesario ..

Ana. Sí; lo creo necesario. (*Se acerca a la puerta de la habitación de Arturo*) ¡Arturo! ¡Arturo!... Te suplico que salgas...

Sensorio. (*Bajo a los demás.*) ¡Hay que convenir que es fresca esa señora!

ESCENA V

ARTURO, ANA, HONDURAS, SALGADO, SENSORIO ALMA *y* LILAINA.

Arturo entra y hace una ligera inclinación de cabeza.

Ana. Mis amigos están a punto de emprender un viaje...

Arturo. ¡Ah!

Ana. ...Y han demostrado vivo deseo de saludarte...

Arturo. Muchas gracias...

Ana. (*Dirigiéndose a los cinco.*) Señores, después de pedirles excusa por una manifestación inocente, motivada por una insignificante secreto de familia, permítanme que les presente, aunque con algún retraso, al marqués de Fuenteclara, mi marido.

(*Los cinco experimentan instantáneamente una impresión de gozo y de maravilla.*)

Sensorio. ¡Vaya una sorpresa!

Salgado. ¡Su marido!

Alma y **Lilaina.** ¡Su marido!

Ana. ¿Quieren ustedes pruebas?

Honduras. ¡Que pruebas! ¡Se ve a simple vista que es cierto! (*Los cinco rodean a Arturo y le estrechan la mano con efusión.*)

Salgado, ¡Que agradable sorpresa!

Sensorio. ¡Deliciosa!

Lilaina. ¡Es una cosa de buen gusto, palabra de honor! Es una cosa *chic*.

Alma. Es una sorpresa genial, digna de la marquesa.

Honduras. Yo he sentido gran satisfacción en conocer personalmente a una persona tan distinguida, y que ya era objeto de mi admiración.

Arturo. *(Conmovido)* Me confunden ustedes. Puedo asegurarles que no esperaba un recibimiento tan cordial... por que... con franqueza... un marido que se presenta en la forma que he llegado yo... viene a ser algo así como una calamidad que se echa encima.

Honduras, Lilaina, Sensorio, Alma, y **Salgado.** ¡¡¡Oh, no!!! *(Protestando.)*

Salgado. ¡Qué ha de ser una calamidad un marido como usted!

Arturo. Como ustedes son personas de mundo, ponen en práctica aquello de «a mal mal tiempo buena cara».

Honduras. Nosotros reconocemos el derecho del primer ocupante, marqués. *(Ríe.)*

Arturo. Y yo deseo vivamente que de la extraña y regocijada ficción, debida a un capricho de mi mujer, no lleven un desagradable recuerdo al abandonarnos.

Sensorio. (*Con vehemencia, dentro de sus exiguas facultades vocales.*) ¿Dejarles ahora que usted se ha unido á su esposa? (*Los demás continúan también con tono vehemente.*)

Salgado. ¡De ningún modo!

Lilaina. Sería una descortesía imperdonable, marqués.

Alma. ¡Una falta de delicadeza!

Honduras. ¡Una afrenta!

Salgado. ¡Yo no me muevo de aquí!

Alma. ¡Yo le imito!

Sensorio. ¡Y yo creo que he echado raíces desde que se ha aclarado el misterio!

Ana. Perdonen ustedes... ¿Y todos aquellos asuntos urgentísimos?... ¿Las conferencias feministas? ¿El *meeting* de las carreras?... ¿Los trabajos de *entreneur?*

Salgado. No eran más que pretextos... La presencia de un supuesto amante debía alejarnos... (*con la mayor galantería*), pero nada de eso reza con un marido. (*A Arturo.*) ¿Estoy en lo justo, marqués?

Arturo. (*A regañadientes.*) Es lo correcto. (*Animándose sinceramente.*) Esta es una galanteria desusada, verdaderamente caballeresca... que no encuentro palabras para agradecer... No sé como expresar mi emoción.

Salgado. ¡Qué emoción ni qué agradecimi-

ento! Usted no ha de agradecer nada. Pronto inauguraremos la nueva era en nuestra colonia: la Edad de Oro. (*A Arturo.*) Usted debe pensar únicamente en las prerrogativas que le corresponden... Hasta ahora su esposa había sido nuestra reina; a usted, marqués de Fuenteclara, le toca ser nuestro rey.

Arturo. (*Con gracia e ironía.*) Y a ustedes, a quienes elijo ministros desde ahora, les toca prepararme el discurso... (*señalando levemente la cabeza*) de la corona. (*Todos ríen excepto Ana.*) Y ya que han decidido quedarse, les suplico que supriman los cumplidos... Hagan el favor de tomar asiento.

Sensorio. ¡Me parece bien! ¡Sentémonos! (*Se dispone a suntarse en el sillón más cómodo.*)

Salgado. (*Impidiendo que se siente.*) No es este el momento propicio para sentarse.

Arturo. (*Ceremoniosamente.*) ¿Y por qué no? Deseo vivamente que mi presencia no impida a ninguno de ustedes realizar lo que tenga por costumbre, con entera libertat y sin preocupaciones. No quiero de ningún modo que vean en mí un ogro... Tanto es así (*con la esperanza de que logrará echarles*) que si en este momento prefieren retirarse, pueden hacerlo sin cumplidos, que yo no intentaré detenerles. Nos sobrará tiempo para estar juntos.

Salgado. ¡No, no, no! Nosotros no queremos ni debemos ser insensibles a sus deferencias. No hablemos más de ello. (*Dirigiéndose a los demás en alta voz y señalando a Arturo.*) Ya que él lo quiere, cúmplase su voluntad. (*Se sienta. Arturo le mira con sorpresa.*)

Sensorio. Sí; cúmplase su voluntrd. (*Se sienta y se arrellana en el sillón. Nueva sorpresa de Arturo.*)

Alma. (*Enfáticamente.*) ¡No hay manerr humana de negarse a su deseo! (*Se sienta. Sorpresa de Arturo.*)

Lilaina. ¡Obedezco! (*Se sienta. Sorpresa de de Arturo.*)

Honduras. ¡Quién se resiste! (*Se sienta.*)

Arturo. (*Mirándolos con viveza y esforzándose para ocultar la molestia que le ocasionan.*) ¡Perfectamente! (*Se sienta también.*)

Ana. (*Observa entre melancólica y festiva. Después toma una silla del ángulo más lejano del salón, la arrastra lentamente y la sitúa junto a la de Arturo. Se sienta y le pregunta en voz baja*): ¿Qué te parece?

Arturo. (*Tranquilamente y en voz baja también.*) ¡Que son unos tontos!

Ana. ¡Más de lo que tú crees!

Arturo. (*En voz baja y aprobando.*) ¡Los cinco!

Ana. (*En el mismo tono, confidencialmente.*) Los seis. (*Arturo, ligeramente sobresaltado, se pone de pié.*)

TELON

ACTO CUARTO

Igual decoracion. Es de noche. La escena estará a obscuras.

ESCENA PRIMERA

ANA *y* LILAINA

(*Después de un instante de silencio, Ana saldrá de su habitación. Lleva en la mano una luz, que deja sobre una mesilla. Mira con inquietud por la ventana y se acerca a la puerta común.*

Ana. ¡Antonio!.. ¡Antonio!.. (*Después para sí*) ¡No; no hay nadie!... ¡Tarda mucho!... (*Se acerca a la mesilla, y después de cavilar y murmurar, dice resdeltamente y con rabia*): ¡Sea!... El continúa engañándome, y yo empiezo a vengarme. (*Lilaina entra por la puerta común y con ligereza, sin que le sienta ni le vea Ana, se anuncia dándole un beso en la nuca. Ana volviéndose*.) ¡Oh! ¡Qué susto!

Lilaina. (*Cogiéndole las dos manos*) ¡Adorable y adorada!

Ana. Si, si, adorable y adorada; pero ha venido usted con retraso.

Lilaina. Son las once y veinte, He visto luz en esta habitación... ¿Creo que era la señal convenida?

Ana. Si, era la señal convenida. ¡Jesús! ¡Ya no me acordaba! ¡Qué quiere usted... es la primera vez!.., ¡No sé si podré acostumbrarme! Además... con mi cabeza veo difícil que pueda acordarme de ciertas minucias... El caso es que el criado, Antonic, aun no ha regresado, y esto, no sé por qué me tiene un poco inquieta.

Lilaina. No se apure usted... Con mis propios ojos he visto que su marido tomaba el carruaje.

Ana. ¿Con Antonio?

Lilaina. Con Antonio y las dos maletas.

Ana. He mandado a la estación... a Antonio... para tener la seguridad de que Arturo se había marchado. ¿Comprende usted?

Lilaina. Perfectamente.

Ana. Hasta que regrese Antonio y me diga que le ha visto partir en el tren, no puedo calmarme. Ya sé que es una pusilanimidad insoportable, ¿no es cierto?

Lilaina. No, todo lo contrario... a mis ojos le da un *cachet* especial que la hace a usted más interesante.

Ana. Pero me ocurre una cosa muy singular. A mi sólo me asustan las pequeñeces, los peligros insignificantes y lejanos... En cambio, cuando se presenta un peligro inminente y verdadero *(con animación)* me siento con fuerzas de heroína. (*Lilaina siente un asomo de preocupación.*) ¡No sé

por qué me parece que a usted le molestaría tener que ejercer de héroe!

Lilaina. ¡Nada de eso, Ana,

Ana. No sería galante decir otra cosa.

Lilaina. Pero... si yo...

Ana. (*Interrumpiéndole*) No se esfuerce en hacer protesta. Le prefiero tal como es usted: gentil, galante, superficial, con aquella alegre y sincera superficialidad tan diversa de la mía...porque ¡ay de mi!, detrás de ella escondo un drama. .

Lilaina. (*Asustado*) ¿Un drama?

Ana. No se preocupe. Yo le quiero así: más dado a los pasatiempos sensuales que al amor verdadero, más inteligente en la *ciencia* caballar que en la femenil, más enamorado de usted que de mí.

Lilaina. ¡Me juzga usted mal!

Ana. Pues no puede usted lamentarse de que habiéndole juzgado mal me haya decidido... a todo. ¿Acaso no me he dirigido a usted para que una ducha de su frivolidad me dé la salud? (*Cogiéndole el brazo afectuosamente*) Voy a advertirle una cosa, amigo mío, si alguna vez me ve usted pensativa — suponiendo que lo note, cosa que no espero — no se preocupe por ello y siga usted adelante, ¡siempre adelante!...

Lilaina. ¡Siempre adelante!

Ana. ¡Ya comprenderá usted que no puede

dejar de entristecerme el fenómeno de que mi marido se abstiene en serlo y al mismo tiempo sea capaz de abandonarme en poder de cinco hombres para correr en busca de una de sus mejores amigas, con la cual quiere reanudar sus relaciones.

Lilaina. ¡Verdaderamente es cosa poco galante!

Ana. Al verle partir, he sentido el impulso (*Con violencia*) de tirarle a la cara el billete perfumado en que usted me pedía una entrevista para esta noche.

Lilaina. (*Alarmado*) ¡¡Oh!!

Ana. Pero he calculado que la cosa no había sido...

Lilaina. (*Interrumpiéndola*) De buen gusto...

Ana. (*Disimulando la amargura con una falsa sonrisa*) Justo... precisamente esa consideración me ha retenido. ¡Es innegable que yo no tengo ningun derecho para mezclarle en una tragedia!

Lilaina. ¡Claro que no! (*Corrigiéndose.*) Supongo que estará usted persuadida de que para un hombre como yo la mayor molestia que le podía proporcionar una imprudencia no consistiría en dar o recibir una estocada, sino en comprometer a una mujer, a una dama que atesora las cualidades de usted. La amo, Ana, puede creerlo sinceramente. (*Con ardor.*) La amo, y quiero

dedicarme por completo a usted, sacrificándole mis costumbres y pasatiempos.

Ana. (*Remedándole el tono*) ¿Incluso sus caballos?...

Lilaina. (*Con creciente expansión*) Todo; incluso mis caballos... Pero ¡por Dios! evitemos que un escándolo o una tragedia vengan a empañar su nombre, poniendo en duda mi delicadeza de caballero.

Ana. Crea usted, querido conde, que me ha conmovido su noble escrupulosidad y extremada corrección; pero como de todos modos me gusta usted lo mismo, procuraré no interrumpir por ello mi delicioso ensueño.

Lilaina. *¡Superchic!*

Ana. (*Escuchando.*) Ha pasado un carruaje. Respiro... es Antonio que vuelve. Teniendo en cuenta la hora. será más prudente que ese buen hombre no le vea a usted.

Lilaina. ¿Dónde quiere V. que me esconda?

Ana. (*Mirándole con gracia y picardía e indicando su habitación.*) ¡Allá!

Lilaina. ¡Ah! (*Le besa las dos manos con gratitud.*) ¡Gracias! ¡Gracias!

Ana. (*Cerrándole la boca con una mano.*) No; no me dé usted las gracias... Sería cosa de mal gusto...

Lilaina. ¡Es cierto, es cierto! (*Sale por la izquierda.*)

Ana (*Llamándolo*) ¡Antonio! ¡Antonio!

ESCENA II

ANA *y* ARTURO

Arturo. (*Entra con brío.*) ¡Nada de Antonio! ¡Soy yo!

Ana (*Sorprendida.*) ¡Tú aquí!

Arturo. (*Con franco descuido*) Es natural. Lo que me extraña es que te maravilles por ello.

Ana. (*Con embarazo, pero dominándose.*) No me negarás que la cosa es algo rara, teniendo en cuenta el interés que te tomaste para que no se te escapase el tren de media noche.

Arturo. ¡Claro! me interesaba marchar.

Ana. ¿Y después no te ha interesado?

Arturo. No. Cuando iba a la estación me entregó un telegrama el ordenanza. Por fortuna, me ha visto y me ha reconocido. En el telegrama me comunicaba mi notario que ya no era necesaria mi presencia... Ni más ni menos.

Ana. ¿Y... donde está el telegrama?

Arturo. (*Sonriendo.*) ¡Ja. ja!... ¿Dudas, como de costumbre? (*Mostrándole el telegrama.*) Tómalo.

Ana. ¿Me permites que lo lea?

Arturo. Si, con mucho gusto. (*Casi entregándole el telegrama,*) Pero no creo indispensable que lo leas. (*Se lo mete en el bolsillo.*)

Ana. No lo leerè.

Arturo. Dime: ¿que habías pensado? (*Con acento burlón.*) ¿Que había recurrido al sobado recurso de la marcha simulada para caerte encima de improviso y sorprenderte en el momento de los delitos de amor.?

Ana No, por mi vida. Ya sè que tú no eres hombre para preparar semejante espectàculo. Pero en cambio, tengo el convencimiento de que el telegrama no es de tu notario.

Arturo. ¡Celosa!

Ana. ¿Yo?

Arturo. Tú.

Ana. ¡No me faltaría más que eso!

Arturo. (*Acariciándole la cara.*) Confiesa que estàs incomodada conmigo.

Ana. ¿Incomodada contigo? No sería de buen gusto... Quiero decir que no sería justo.

Arturo. (*Dándole el brazo.*) ¿Quieres probarme que no estás incomodada?

Ana. Con mucho gusto; pero... ¿cómo?

Arturo. ¿Y me lo preguntas?

Ana. Ya comprendo. ¿Y el telegrama del *notario.*?

Arturo. ¿Y qué tiene que ver el notario en esta cuestión?

Ana. Si, si.., pero la persona que ha remitido el telegrama...

Arturo. ¡Y dale! (*Afectuosamente y conducéindola hacia la puerta de la izquerda.*) Aunque tengas la sospecha de que el telegrama sea de una mujer, no puedes hablar en este tono, porque no debes admitir que pueda haber en el mundo más interesante que tú.

Ana. (*Con acrimonía interior, pero simulando cordialidad.*) ¡Eres demasiado bueno!

Arturo. *Con deseo creciente.*) ¿En qué quedamos?

Ana. (*Con miedo profundo y preparando el plan de salvación.*) Hágase tu voluntad. (*Parando en seco frente a la puerta.*) Pero...

Arturo. ¿Qué?

Ana. Que yo ni vagamente podía haber pensado que me hubieses preparado una falsa partida para cogerme *infraganti*...

Arturo. Yo no he preparado nada.

Ana. ¿Pues cómo se explica tú obstinación en querer penetrar en mis habitaciones?

Arturo. No hay tal obstinación: nunca me he sentido tan tranquilo y confiado como esta noche.

Ana. Pues bien... (*Se separa de Arturo y cie-*

rra la puerta de su habitación, demostrando estar poseída de una emoción exagerada, que esconde la verdadera emoción que la embarga;) si deseas persuadirme de que me he engañado, no entres en mi habitación.

Arturo. *Despues de reflexionar un instante, se golpea la frente y exclama con triunfante jovialidad.)* ¡Ah, ya caigo! ¡Quieres repetir la burla de la otra noche!

(Desde este instante hasta el final de la escena los artistas dialogarán de manera viva.)

Ana. No...

Arturo. Pues yo digo que sí. ¡Has preparado la trampa, pero te has molestado en vano, porque esta vez no me pillas en ella!

Ana. ¿Tan confiado estás?

Arturo. ¡Te cansas inútilmente!

Ana. Considera que sería una deliciosa maniobra repetir la burla de la otra noche para esconder verdaderamente a alguien.

Arturo. Es indudable que eres maestra en picardías.

Ana. Muchas gracias.

Arturo. Después de la amenaza que acabas de hacerme, ningún marido resistiría a la tentación de entrar en tu cuarto.

Ana. *(Sobresaltada.)* ¿Lo ves?

Arturo. Pero como yo no quiero que por segunda vez te diviertas a mi costa, decido no acercarme a la puerta de tu habitación. Ya

te he dicho que no vuelvo a caer en la trampa... Es más; renuucio por esta noche a la realización del deseo que tanto acariciaba.

Ana. (*Para asegurarse y fingiéndose agraviada*) ¿De modo que la cosa no urge?

Arturo. (*Ríe.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Tú lo has querido! Quédate, pues, con tu seductor... o tu seducido. Yo me conformo con mi cuartito de soltero... (*Marchándose y riendo cada vez más fuerte.*) ¡Ja, ja, ja!...

Ana. (*Con sincera nerviosidad.*) ¡Me parece que exageras la risa!

Arturo. ¡No me pescas! ¡No me pescas! Me voy a dormir... con mis pensamientos... Es el menor castigo que puedo imponerte. ¡Ja, ja, ja!... ¿Querías repetir la farsa de la otra noche? Pues hija, yo no entro por uvas. (*Desde el umbral de la puerta.*) ¡Tengo el gusto de saludarte... mujer infiel!

Ana. No dormirás con la tranquilidad que aparentas.

Arturo. ¡Lo menos tan bien como tú! ¡Ja ja ja!

(*Vase riendo por la derecha y cierra la puerta. Ana con mezcla de altanería, piedad y desprecio, se queda mirando la puerta por donde ha salido Arturo.*)

ESCENA III

LILAINA, ANA y ARTURO

Lilaina. (*Entra con cautela y al mismo tiempo con presteza, presa de orgasmo, y con voz muy baja dice a Ana*): ¡Pobre Ana! ¡Pobrecilla mía! Acaba usted de pasar por el borde de un precipicio.

Ana. (*Con voz muy baja.*) Pero no me he precipitado en él para evitarle a usted un disgusto.

Arturo. (*Canta desde dentro la romanza de la ópera* Rigoletto.)

La donna è móvile.
qual piuma al vento...

Lilaina. Yo tengo el temor de que sospeche algo.

Arturo. *Muta d'accento*
é di pensiero...

Ana. Pues yo tengo la seguridad de que no sospecha nada.

Lilaina. *(Con gran prisa.)* Es necesario aprovechar esta tregua... Ana, yo tengo la obligación de salvarla a toda costa. Procuraré sbrir la cancela... saltaré la verja... en una

palabra, haré lo posible para desaparecer...

Ana. (*Aterrorizada.*) ¿Sí?

Lilaina. Hasta mañana, Ana; hasta mañana.

Ana. ¡No!... (*Pausa. Después solemnemente.*) ¡Hasta nunca!

Lilaina. ¿Por qué?

Ana. No lo sé... Pero antes de que usted me salve, quiero demostrarle que Arturo no tiene la menor sospecha. Espere usted allí nada más que un instante. (*Le empuja hacia el foro. Después se acerca a la puerta de la habitación de Arturo y exclama.*) ¡Arturo! ¡Arturo!

Lilaina. (*Alarmado y agitadísimo.*) ¡Por Dios, Ana!

Arturo. (*Continuando el motivo de la ópera* Rigoletto.)

La lara, lala la
la lara, lala la.

Ana. Arturo ¿quiere contestarme?

Arturo. (*Desde dentro, bromeando.*) ¿Qué quieres... infiel?

Ana. Quería decirte que ya he logrado hacerle escapar.

Arturo. ¡Si ha escapado, es un pésimo amante!

Ana. ¿Sabes quién era?

Arturo. No, angel mío, no.

Ana. Era... el conde Lilaina.

Arturo. (*Desde dentro riendo.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Valiente imbécil!

Lilaina. (*Vivamente ofendido.*) ¡Oh!

Arturo. Es inútil: ¡no caigo!

Ana. (*Acercándose a Lilaina en voz muy baja.*) ¿Ha oído usted?

Lilaina. (*Lívido, iracundo y amenazando con indignación*) ¡Pues yo podría demostrarle!..

Ana. (*Con frialdad e imponiéndole silencio.*) ¡Chits! ¡Nada de escenas trágicas! No sería cosa de buen gusto!

Lilaina. (*Conteniéndose.*) ¡Adiós, Ana!

Ana. ¡Adiós, Cid!

(*Al llegar Lilaina a la puerta, a la derecha, se vuelve con gesto de fiera, amenaza y sale por la puerta común. Ana, con expresión de profundo disgusto, le sigue con la mirada; después coge la luz, y sacudiendo la cabeza se dirige hacia la izquierda para entrar en su habitación. Se para un instante y exclama:*)

¡Y después dirán que es tan difícil conservar la fidelidad!

TELÓN

Fin de «Se Acabó el Amor»

Biblioteca Teatral Castellana

Amor de Amar, comedia en dos actos de Jacinto Benavente.

¡Pa mí que nieva!, de Joaquín Dicenta.

La dicha agena, de J. S. Alvarez Quintero.

Lady Godiva, de Linares Rivas.

Se acabó el amor, de Roberto Bracco.

EN PREPARACION

La losa de los sueños, de Jacinto Benavente.

Precio: UNA PESETA